

97

VENEZUELA

LIBRERIA LIBRE

LIBRERIA

LIBRERIA

LIBRERIA

LIBRERIA

PQ7297
•V25
L5

D.C.



1020028405



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ML

“LIRA LIBRE”

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

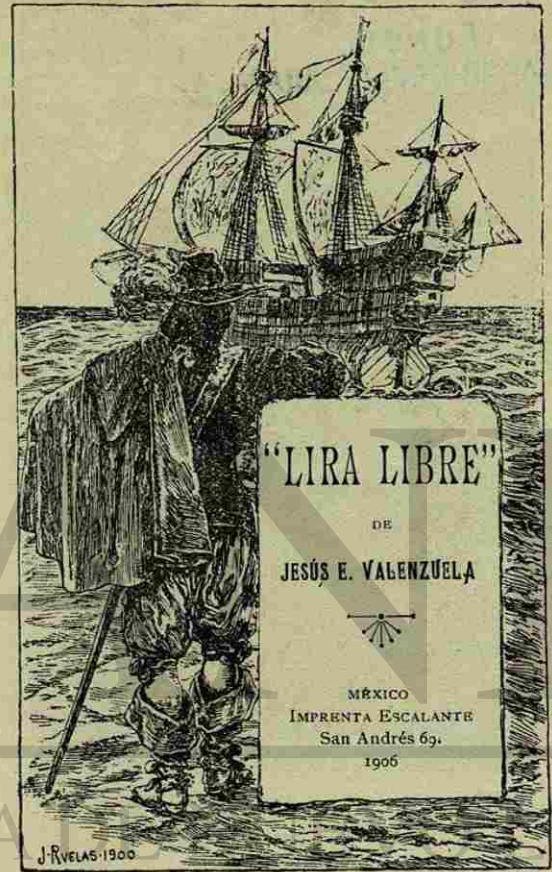
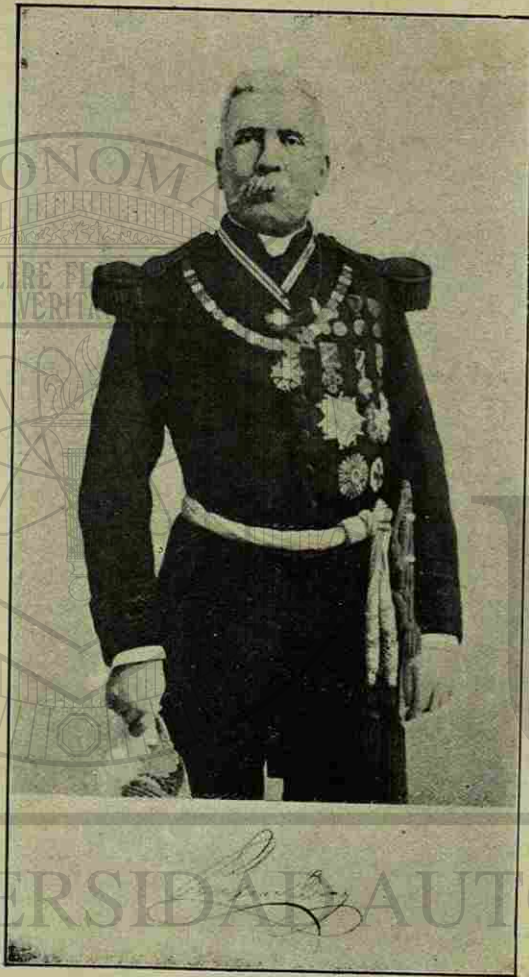
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



extra



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
ALFRE
VERIT

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

EÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

100872

32481



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 7297
.V 25
L5



Sr. D. Ramón Corral.

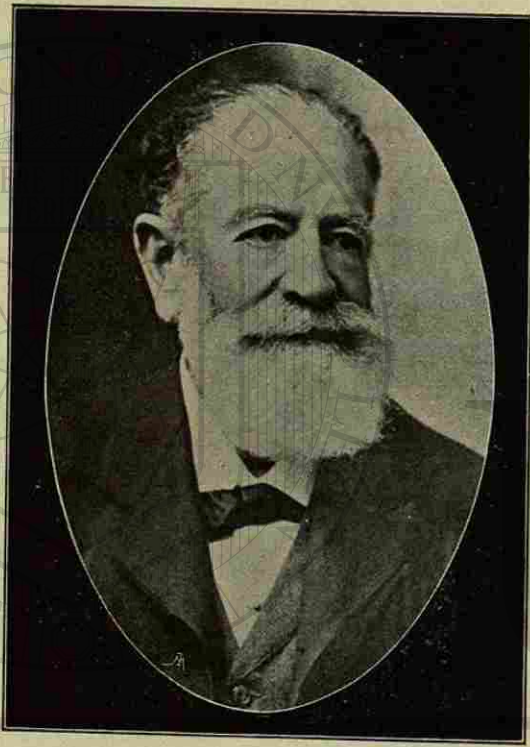


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

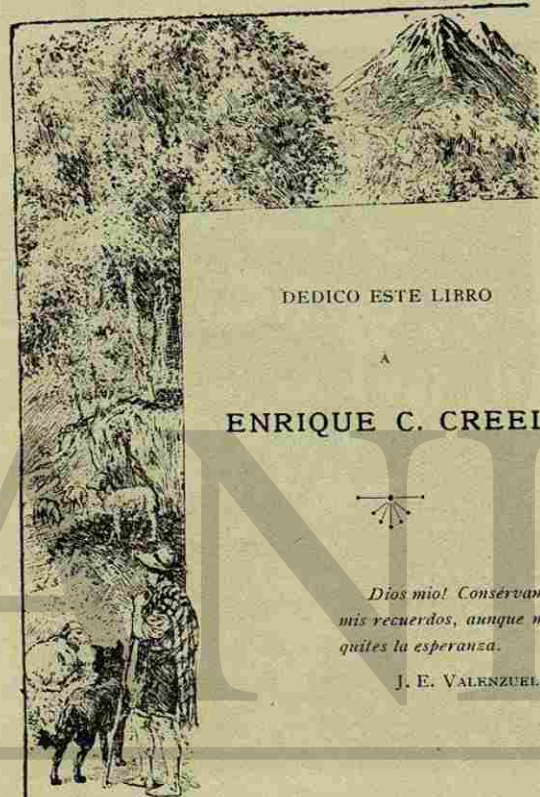


CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sr. D. Luis Terrazas.



J. Ruelas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Sr. D. Enrique C. Creel.

PRELIMINAR



ON qué grato perfume de botones de rosa me recreo al recuerdo de mis primeros años escolares! Recién llegado á Chihuahua, procedente de Álamos, adonde en la escuela conocí á Ramón Corral (Vicepresidente de la República en la actualidad), uno de los primeros con quienes hice conocimiento, fué con Enrique Creel, hoy Gobernador del Estado de Chihuahua. Iba yo escalando los primeros peldaños de la vida, con el alma abierta á todas las hondas impresiones que los seres y las cosas producen en la blanda cera de las almas nuevas. Entre mis infantiles compañeros de Sonora, habíase fijado mi atención en Corral. Fuerte, ágil, de desembarazados



Sr. D. Enrique C. Creel.

PRELIMINAR



ON qué grato perfume de botones de rosa me recreo al recuerdo de mis primeros años escolares! Recién llegado á Chihuahua, procedente de Álamos, adonde en la escuela conocí á Ramón Corral (Vicepresidente de la República en la actualidad), uno de los primeros con quienes hice conocimiento, fué con Enrique Creel, hoy Gobernador del Estado de Chihuahua. Iba yo escalando los primeros peldaños de la vida, con el alma abierta á todas las hondas impresiones que los seres y las cosas producen en la blanda cera de las almas nuevas. Entre mis infantiles compañeros de Sonora, habíase fijado mi atención en Corral. Fuerte, ágil, de desembarazados

movimientos, jovial, inteligente y fino; de semblante amable, pero enérgico, sobre cuya nariz aquilina irradiaba franca mirada luminosa, bajo amplia frente al-tiva, no lo olvidé nunca en mis años posteriores; y hoy, al ocuparme de Creel, no sé por qué (ó lo sé demasiado) asocio á estos dos hombres en mis recuerdos. Á Creel, como á Corral, los conocí pobres; ambos son hijos, intelectuales y morales, de sí mismos, y la altura á que han llegado, la obtuvieron debido á sus propios esfuerzos, impulsados por su muy personal voluntad, pues es en ellos, como acrisolado diamante, el carácter, ese resorte rarísimo en nuestro medio y raza, que, más positivamente que la fe, es capaz de mover las montañas y apaciguar los mares.

Residía mi familia en una de las hondonadas más profundas de las vertientes del Pacífico, entre las monstruosas estribaciones de la gran *Sierra Madre*;



Barranca de la Sierra Madre de Chihuahua.

x

y al abandonar mi hogar, casi á la puerta, comencé á trepar, caballero en manso mulo, la brava senda en espiral hacia las cumbres altas de diez á once mil pies sobre el nivel del mar. En mi pueblo, en el fondo de la enorme barranca, nos agobiaba un clima tropical. Conforme iba ascendiendo, la brisa, más y más fresca, hería mi faz agradablemente al principio, después tornándose helada y tan desagradable, que me provocaba lágrimas; no precisamente por su crudeza, sino por el triste rumor que producía en la extraña flora que me iba envolviendo (encinos, pinos, madroños), y que al mover las frondas crujientes parecía prolongar el adiós recién dado á mis padres, cuyos brazos se me tendieron al partir, cual aquellos árboles seculares tendían los suyos en el espacio como buscando algo amado que se escapaba en el ambiente.



Rancho Tarahumar.

xi

¿Dónde mis verdes naranjos de doradas pomos, mis esbeltos plátanos doblegados por sus racimados frutos, mis vocingleros cañaverales acendrados de miel? Lejos, ya muy lejos; abajo, allá muy abajo. Desde un abrupto estribo pude mirar la gran mancha de esmeralda de mi estrecho valle, surcada por débil cinta argentada: el río torrentoso. La ascensión continuaba, continuaba siempre; y al fin, mi paraíso había desaparecido, y hollaban mis plantas la cumbre helada y solemne; y mi primera noche en la tierra fría dejó huellas imperecederas en mi memoria con aquel decir de los pinos movidos rumorosamente por los vientos acelerados a las veces, hasta doblegarlos con las rachas ateridas que acabaron por desatarse bajo la nubazón, deshecha a las primeras horas de la mañana en blancas motas de nieve a mis ojos estupefactos. ¡Nieve! La veía por vez primera y caía, caía sin cesar, hasta cubrir el suelo por completo y quedarse, congelándose aún más, sobre y pendiente de las ramas en carámbanos tremulantes. El frío helaba mis huesos; pero la vista de aquel inmenso manto de nieve me helaba el corazón entristecido por la ausencia de los seres para mí más queridos. ¿Volvería a verlos? El niño lo dudaba absorto en el umbral de un mundo desconocido (¡ay! a mi buen padre, no, no le volví a ver). Tenía frío, mucho frío, en medio de la inmensa nevada; y miedo, mucho miedo, ante la naturaleza y la vida, que se ofrecían blancas como las azucenas, pero implacablemente frías. Alla-

nadas las cimas, por anchas mesetas frondosas y frecuentadas por venados, osos y pavos silvestres, bajo la gárrula alharaca de las cotorras retrasadas, que en bandadas huían a las barrancas, esquivando la nieve; y luego, por llanos que entonces me parecieron interminables (los de Ojos Azules), al fin de ocho días de un viaje incómodo, pero pintoresco, llegamos a Chihuahua, en una hermosa mañana llena de sol. A distancia pude vislumbrar las bellas torres de la catedral, edificio de Tres Guerras; y ante la serena y graciosa armonía de aquella arquitectura no presentida, me sacudió la primera sensación de arte.

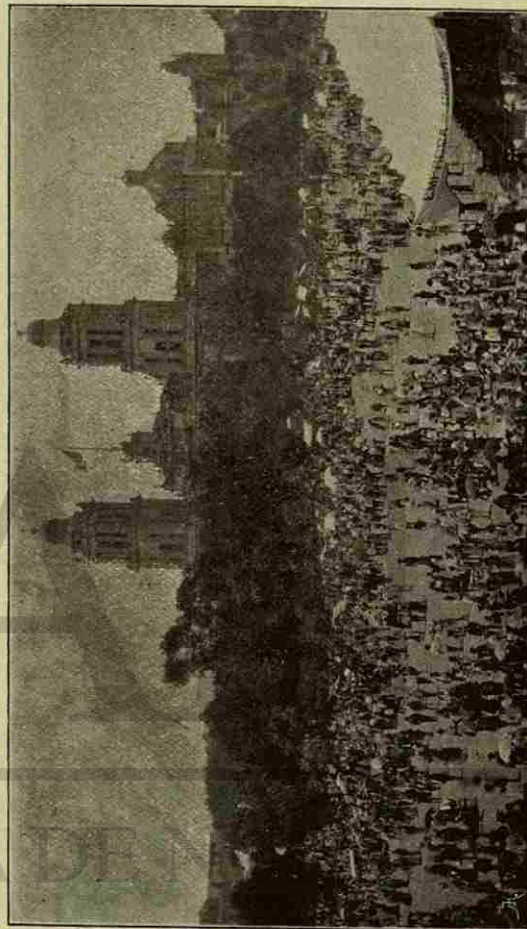


Pilar de arenisca
en la Sierra Madre.

Cursaba, breve tiempo después, aritmética y álgebra en el Instituto Literario del Estado; y vaya que apresuraba el paso hasta la carrera, cuando por las tardes salía del colegio para ir a buscar a Creel, que era ya mi amigo, al pequeño establecimiento comercial de su padre, adonde, aunque chicuelo, desempeñaba el cargo de primer dependiente, debiera decir, único. Iba yo con el ma-
gín repleto de problemas aprendidos en la cátedra; y... vería Enrique, que presumía conmigo de hábil en *cuentas*; no resolvería una siquiera, me pensaba, con esa



Catedral de Chihuahua.



Catedral de México.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inconsciente discolería de la infancia, y ya casi de noche, cariacontecido, tomaba rumbo á casa: las había resuelto todas, y todavía más, me había propuesto otras nuevas para que le llevara las soluciones al día siguiente. ¡Y él no iba á la Escuela!

¿No era bastante, ó demasiado eso, para herir mi tierna imaginación? Allí comencé á conocer á Creel y á admirarlo. No era como Corral, resuelto, expedito, franco y viril. Era dulce, placido; pero reflexivo, reservado y con ciertos amaneramientos de cura ó de mujer. Corral era todo, digámoslo así, salón de recibo y despacho; en Creel había más recámara que salón; pero había, también, un carácter. Era el *pendant* de mi otro hombre en ciernes. Y así hoy surgen en mis recuerdos estos dos muchachos en una asociación tan justa como sencilla.



Campanento en la Sierra.

No tuvimos Creel y yo, en esa época, compañerismos de jóvenes que comienzan á ser hombres, no, no era tiempo aún; de modo que este recuerdo florece entre todos los míos, como el más puro y blanco, con la blancura del primer copo de nieve que vieron mis ojos.

Un día tuve que marchar á México. No fué mi impresión tan honda como al partir de mi pueblo. Yo me consideraba ya casi un hombre, iba siendo un adolescente, y conocía la iglesia de Tres Guerras, al Gobernador Terrazas, y, sobre todo, había, de cerca, el año de 72, y abriendo los ojos como si pensara no volver á cerrarlos, visto al Señor General Don Porfirio Díaz —Porfirio Díaz decía toda la república, se le hablaba de *tú*, como á los dioses, en una explosión de popularidad que nunca ha alcanzado hombre alguno en México, sin excluir á Morelos;— y yo, yo sabía mucho del héroe, del caudillo, era ya un gran lector, y el 5 de Mayo, Miahuatlán, la Carbonera, el 2 de Abril y San Lorenzo y la toma de México y todos mis *cunables* recuerdos de la Intervención Francesa, me exaltaban hasta el éxtasis ante el hombre legendario. México me asombró: ¡qué movimiento! No conocí New York hasta muchos años después. Sin embargo, largos meses discutí el valor artístico de Catedral, ante mi iglesia de Chihuahua; ¡oh Catedral! perdóname, ¡cuánto te he admirado después!

Con mis certificados de provincia pude ser inscrito en la Escuela Preparatoria de México. ¡La Es-



Tarahumares corriendo con antorchas.

cuela Nacional Preparatoria! El antiguo y majestuoso, aunque claustral, edificio de los Jesuitas, daba albergue a nuevos métodos sin cesar vilipendiados en los periódicos clericales de la época. La dirigía el Dr. Don Gabino Barreda. ¿Quién, entre las nuevas generaciones liberales de México, no venera este nombre? Él había roto con el *Humanismo*, que nada tenía de eso; y había, abriendo generosos manantiales de enseñanza moderna, substituido el estudio del latín con el de la matemática; con el de las ciencias físicas, las disquisiciones estériles de la vieja cátedra; y, sobre la química, la zoología, la botánica, erguido el estudio de la lógica positiva como un coronamiento definitivo de la gran obra. Y esto, sin olvidar la lengua cuya clase desempeñaba el eximio Don Rafael Angel de la Peña, y la literatura cuya enseñanza recibían los preparatorianos de labios del gran Maestro Ramírez, el Nigromante. Los idiomas extranjeros tenían

sus asignaciones respectivas y se daba una especial Academia de matemáticas, que desempeñaba el eminente astrónomo Don Francisco Díaz Covarrubias, autor del texto de «Cálculo Infinitesimal,» estudiado en la Escuela. Muchas futuras eminencias, salidas después de Medicina, Jurisprudencia, Ingenieros, etc., etc., conoci allí en la intimidad; pero tenían escuela, maestros, todo lo que podía exigirse para el cultivo intelectual y moral. ¡Pero Corral y Creel! Sólo un hombre fijó mi atención y me atrajo para siempre, como un planeta á un satélite: el profesor de Historia General, D. Justo Sierra, sucesor en la cátedra de D. Ignacio M. Altamirano. Porque ¡oh maestro! sólo tu bóveda craneana, donde apenas pudo anidar tu pensamiento, puede formar bóveda celeste al mundo de tu corazón!



Paraje en la Sierra.

Transcurridos algunos años, llegó Creel á la Capital. Éramos casi hombres. Él no venía de paseo. Creel se pasea después. Llegaba, lleno de espe-



Sr. Dr. D. Gabino Barreda.

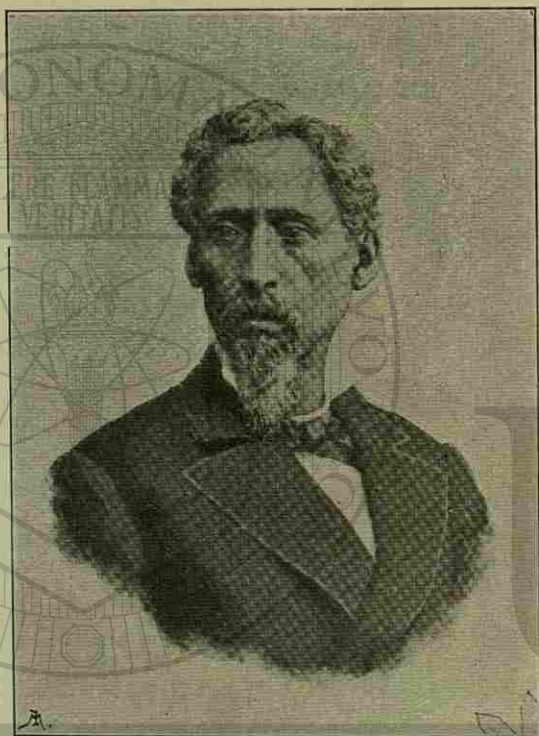


Sr. D. Francisco Díaz Covarrubias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Sr. D. Ignacio Ramírez.



Sr. D. Guillermo Prieto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sr. D. Ignacio M. Altamirano.



Sr. Lic. D. Justo Sierra.

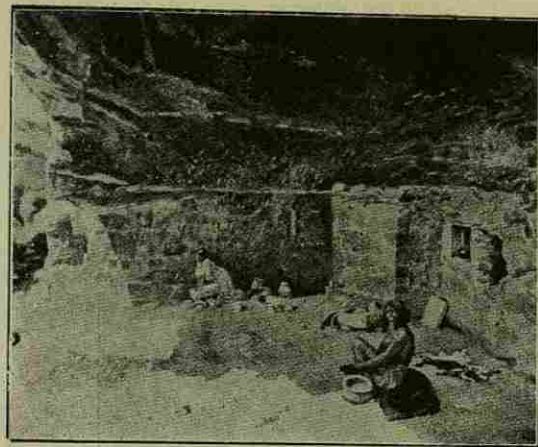
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ranza y de aliento, á intentar el comienzo de una vida mercantil en alta escala. Traía muchas y buenas recomendaciones para el comercio de México. No excusó, ni mucho menos, mi compañía en sus ratos de tregua; pero especialmente dedicóse á su objeto, y hasta extralimitándose en su esfera de acción, volvió al terruño con un gran bagaje de mercancías que, realizadas con talentosa actividad, le formaron amplio y sólido escalón en su brillante carrera. No obstante su aplicación al trabajo, Creel no volvió entonces á Chihuahua, sin noción de México y sus hombres. Muy por lo contrario, se dió maña y tiempo para conocer y observar intensamente hombres y cosas, y aprender más y más; porque así aprende Creel (y sabe mucho, á las veces hasta lo he tomado por un erudito), al paso veloz de ferrocarril, con el mismo paso con que lleva adelante sus empresas, pareciendo, á los ojos de los imbéciles, abstraído en la acumulación de capital; pero en el fondo, viendo y compenetrándose de todo lo que le rodea, con una sutileza de jesuita y una profundidad de pensador. Nunca he creído más en los cien ojos de Argos, que contemplando á Creel en la facilidad dificultosa del aprovechamiento del tiempo.

Por el año de 1879, Creel y yo, llenos de juventud y de fe en el porvenir, girábamos, ya en el baile, ya en los paseos, ya en esas inolvidables fiestas que llaman *tardeadas* nuestros conterráneos, como mariposas anhelantes de quemarse las alas en la flámula del amor. Él era ya una entidad mercantil en Chihua-



Gruta.

hua. Yo, ¡oh pecado! cometía versos y calaveradas. El 15 de Septiembre de ese año, recité una oda patriótica en el Teatro ante el Gobernador Trias y numerosa concurrencia; al descender de la tribuna, el primero que me estrechó en los brazos fué Creel, radiante de gozo. Se sentía triunfante con mi triunfo (seré sincero, pese á la modestia), y me obsequió allí mismo con un *medio* de oro, adherido cuidadosamente á blanca cartulina llena de frases fraternales de entusiasmo, que no poco me alentaron y enorgullecieron.

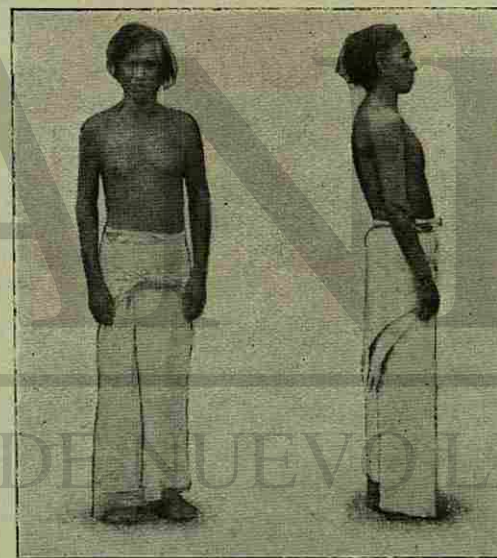
Después. . . Una tarde, al llegar, en New York, al comedor del *Gilsey House*, me encontró Don Juan Burns (¡inolvidable amigo!) y me dijo, bañando su hermosa faz escocesa en una sonrisa radiosa: aquí está Creel.



Barranca.

La imperial ciudad nos vió, por muchos días, pasear por sus largas avenidas; elevados y coches, ferries y tranvías, nos llevaron á todos los sitios interesantes de ella. Entiendo que juntos escuchamos por primera vez á la Patti; y, prodigio de los prodigios, juntos hicimos la más hermosa excursión al Niágara, que, entre su manto de nieve, se deslizó á nuestra vista de profanos, como un dios que desciende del cielo cabalgando en trueno formidable para hacer trepidar la tierra á su paso, embozándose en el nublado del agua pulverizada que revuelve hacia arriba, condecorándose con las bandas del Iris, resplandeciente en el

día, pálido y misterioso en las noches de luna, como si los dedos de rosa de una hada boreal desmenuzaran, entre una niebla de Groenlandia, un tenue polvo de ideal en un vago y lejano ensueño. La estrella polar brillaba, casi perpendicular, sobre nuestras cabezas. Yo escribí á Justo Sierra. Le volvería á escribir. Creel no dejó que dejáramos por ver algo, sobre ó debajo, de la inmensa catarata. Nos retratamos en el paisaje nevado. Nos instalamos en el lado inglés en un hotel frecuentado por altezas reales; pues el noble jefe de clan, Burns, se empeñó en resguardarnos con el escudo británico; y durante los días que allí per-



Frente y perfil de aborigen.

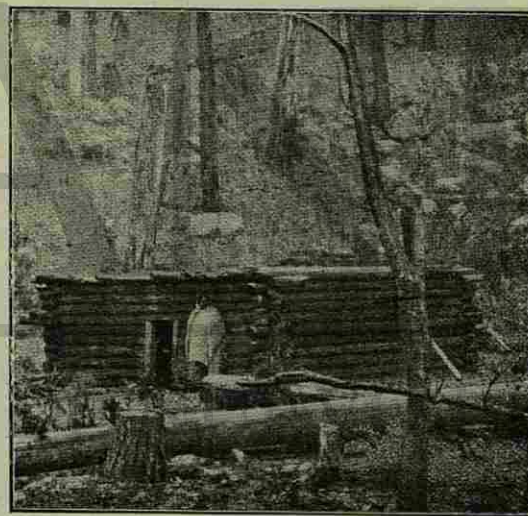
manecemos, nunca Creel me habló de los caballos de fuerza que pudieran utilizarse con aquella enorme caída; se sintió artista desde el primero hasta el último instante, y vió, admiró y se abismó en la contemplación como un prócer del Arte. ¡Oh Niágara, inolvidable y divino Niágara!

¿Y creerás tú, lector, que Creel perdió el tiempo? No, ya te he dicho su secreto. Al llegar en New York á nuestro hotel, todos los días encontraba nuestro departamento, inabordable por las innumerables visitas de hombres de negocios, de millonarios, que tenía Creel. En aquellas conversaciones rodaban las cifras como la masa líquida del Niágara. Creel era una potencia nueva en el campo humano, un anticipado Japón en el consejo de las naciones.

Como fundador é impulsador de varias grandes empresas industriales ó bancarias, mineras ó agrícolas, Creel era ya universalmente conocido; pero faltaba una cuerda á la lira, y pasados algunos años, un día se reveló como hombre de Estado. Entre los actuales Gobernadores de las entidades federativas de la República, nadie, con más inteligencia, más energía, más competencia moral, dirige la cosa pública en su demarcación política. La construcción de enormes presas (única solución del problema agrícola y urbano en la frontera) para la captación del agua en la abundancia necesaria, el establecimiento de fundiciones para el beneficio de los abundantes minerales del Estado, la entubación de las aguas, y el drenaje en

xxx

las poblaciones, la fundación de Escuelas especiales, agrícolas, de comercio y de artes y oficios, la disciplina y la pureza en el manejo de fondos en los diversos servicios de la administración, el mejoramiento constante de la seguridad pública, etc., etc., no obstan en nada en Creel, para el adelantamiento de la instrucción pública. Todos los días se fundan en Chihuahua nuevas escuelas de niños y de niñas, más de la tercera parte del presupuesto de ingresos se aplica á ellas; y, todavía, ha emprendido la tarea misericordiosa de galvanizar á 40 ó 50 mil indios tarahumares perdidos en las cumbres y grandes abras de la *Sierra Madre*, llevando el alfabeto á aquellos pobres despojados, que graves y silenciosos, languidecen y mue-



Curanderos indígenas.

xxx

ren sobre las tierras ajenas á la caricia, ruda pero fecunda, del arado, sin patria, casi sin Dios; y sin sospechas, quizás, de que existe entre los abrojos punzantes de la humana existencia, una flor, llena de color y de perfume, para el alma de los hombres, que se llama *esperanza!*

Á imitación del Gobierno general, el de Creel ha fundado un Consejo Superior de Educación Pública en Chihuahua, que sigue hábilmente y muy de cerca los pasos del del Distrito Federal; comprendiendo que un Consejo que cuenta como Presidente al Lic. D. Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y como miembros á Ezequiel A. Chávez,



Joven y vieja indias.

XXXII

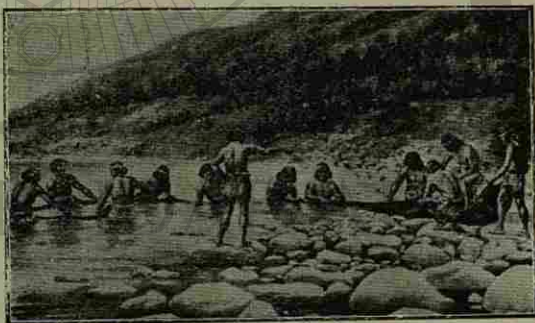
los dos Macedo, Raigosa, Porfirio Parra, Rosendo Pineda, Licéaga, Terrés, Martínez, Rabasa y tantas y tantas otras eminencias científicas y pedagógicas del país, merece ser secundado, paso á paso, en sus trabajos intelectuales, á fin de llevar á los Estados, algo, si no todo, de las reformas y perfeccionamientos en la educación nacional, ya que, por desgracia, no se ha centralizado definitivamente la instrucción pública como debía hacerse, para formar así una cohesión harmónica: el alma nacional.

Como muchos, no creo en los hombres necesarios; pero sí creo, como todos, en los hombres útiles. Desgraciadamente el espíritu humano está amasado en mezcla impura de virtud y de vicio, de fuerza y debilidad. Junto á las grandes dotes es donde se encuentran, en general, los grandes defectos, y el humano más intransigente (por lo regular lo son los menos aptos) no debe exigir más que, lanzados á los fieles platillos de la severa balanza, lo bueno y lo malo, supere en peso lo primero. Exigencia más premiosa sería estúpida y ridícula. Como financiero, Creel ha contribuido al acrecentamiento de la riqueza y del bienestar económico del país, como ningún otro particular en México. En la distribución de la riqueza que personalmente ha sabido acumular, las mayores empresas de la república son muestra de lo que vale este poderoso impulsador, audaz como un armado caballero de la antigua conquista, sin que esto le llevé á olvidar á los que bregan por el pan del

XXXIII

cuerpo ó del espíritu. Él ha pensionado á varios jóvenes aptos en Europa, jóvenes que hoy son verdaderas glorias nacionales: citaré al gran orador Urueña; y muchos libros de sabios y poetas han visto la luz gracias á él: citaré la lógica de Parra, y la obra poética última de Nervo. El pianista Villaseñor ha realizado su viaje á Viena, gracias á Casasús y á Creel. En fin, en Creel encuentran seguro apoyo los talentos sin dinero ó desadinerados. Y en el actual movimiento nacional, que ha tenido, por fortuna, un director como Porfirio Díaz, y colaboradores como Pacheco en Fomento y Limantour en Hacienda, Creel, entre otros muchos nombres que han despuntado como de gran competencia, á la altura de las circunstancias, y patriotas, á la altura del patriotismo del Presidente de la República, ocupa un lugar que merece, y por lo cual sólo reportan bienes el Estado que gobierna y el país.

No faltará quien diga que le dedico este libro por-

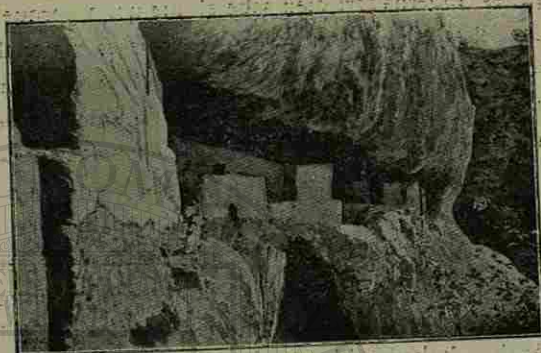


Indios pescando.

XXXIV

que es Gobernador; bien sabe él que no; ó porque es rico, él sabe mejor que nuestros intereses materiales no se compadecen. Se lo he dedicado por mis recuerdos, por mi amor á la justicia. Yo lo he visto en la orfandad, puede decirse; pobre, como cliente de Catón, no arredrarse; no tener escuela y suplirla con su asiduidad y sus aptitudes. Cuando un hombre de nada, ó mejor dicho, con infatigable labor y rara fuerza de carácter, hace el fuerte cimiento de su fortuna económica y de su posición política, sólo la más dura y deplorable envidia, ó la más negra ó crasa ignorancia, pueden pretender empañar reputación hecha en la lucha por el bien propio, que es siempre la base del bien general. El egoísmo es una forma del amor, siempre que no degenera en vicio. Para hacer fortuna hay que pulir muchas asperezas, y al frotar la lima el metal de ellas, raspa, hiere y maltrata. Los pobres son muy generosos, porque no están en condiciones de poder dar; y exigen de los ricos, con ruda exigencia, que apaguen el hambre de los hambrientos, nada más porque á ellos no les cuesta nada la caridad, sino ver que la mayoría de los que no tienen dinero, no le tienen por su amor á la ociosidad ó al vicio. El trabajo, con raras excepciones, siempre es recompensado con el éxito. Los pobres, por sólo el hecho de serlo, se creen con el derecho de hacer que los ricos den. Hay muchos que blasonan de pobres, casi pordioseros, como un acto de honradez. Mentira. Yo conozco muchos ricos honrados y muchos pobres que no lo son. Y más todavía: á una gran cantidad de pobres que lo son por

XXXV



Exterior de las habitaciones indígenas.

su incuria, su desamor al trabajo, sus vicios ó su falta de vergüenza. Y á mayor abundamiento hay multitud de gentes que se empeñan en vivir del trabajo de los demás; y no escasean. Y no por lo que digo creas, lector amigo, que soy un rico. Nada de eso; pero he podido ver un día al mundo desde las alturas. Cuando lo fui, por alguna obra de buena caridad que pude hacer, el engaño, el fraude, la mentira ó la estafa, se llevaron los mejores bocados. De pobre he visto cómo, por uno que merece la protección del prócer, hay una nube de zánganos que únicamente propende á vivir de las rentas de los poderosos, sin escrúpulo ninguno.

Para concluir: dedico este libro á Creel, por muchas más razones de las que he expuesto ya: y en último caso, como vulgarmente se dice, porque se me da la gana.

JESÚS E. VALENZUELA.

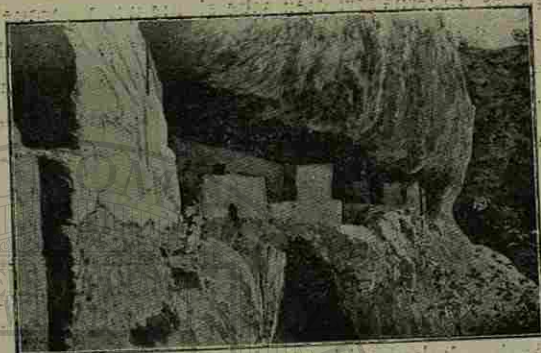
“LIRA LIBRE”

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Exterior de las habitaciones indígenas.

su incuria, su desamor al trabajo, sus vicios ó su falta de vergüenza. Y á mayor abundamiento hay multitud de gentes que se empeñan en vivir del trabajo de los demás; y no escasean. Y no por lo que digo creas, lector amigo, que soy un rico. Nada de eso; pero he podido ver un día al mundo desde las alturas. Cuando lo fui, por alguna obra de buena caridad que pude hacer, el engaño, el fraude, la mentira ó la estafa, se llevaron los mejores bocados. De pobre he visto cómo, por uno que merece la protección del prócer, hay una nube de zánganos que únicamente propende á vivir de las rentas de los poderosos, sin escrúpulo ninguno.

Para concluir: dedico este libro á Creel, por muchas más razones de las que he expuesto ya: y en último caso, como vulgarmente se dice, porque se me da la gana.

JESÚS E. VALENZUELA.

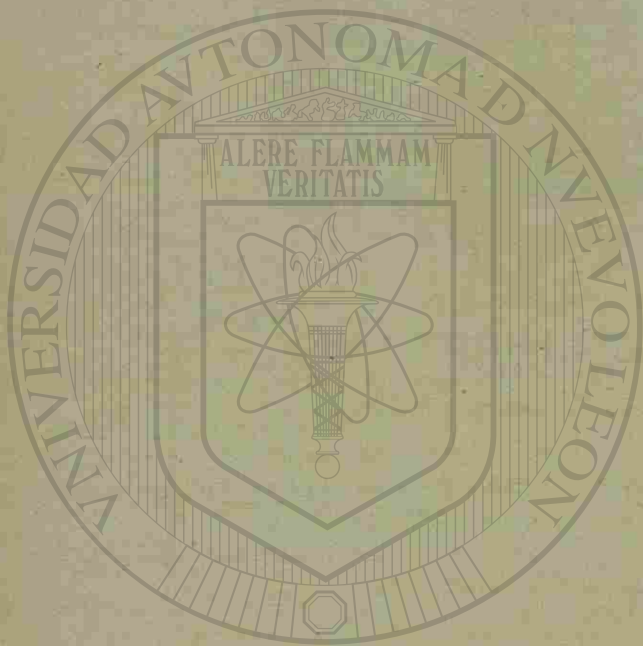
“LIRA LIBRE”

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DON QUIJOTE



A mi hermano Emilio

Camina, de quimeras coronado,
seco y cetrino, en su rocín mansueto,
ceñidos cinturón, adarga y peto
y la tizona en el siniestro lado.

el inmortal Quijote, el esforzado
paladín de ideal, loco discreto,
enardecido por su amor secreto,
distante siempre, pero siempre amado.

Es ficción y es verdad; así el fecundo
anhelo va por la intrincada senda
de la vida falaz y encantadora:

el mal y el bien luchando por el mundo;
en el desierto abrasador, la tienda;
y en la profunda obscuridad, la aurora.

DULCINEA



A mi hermano José.

Sueña con su princesa el caballero
en el umbral del Paraíso erguida,
como una fuente inmaterial de vida
que riega y enflorace el mundo entero.

Canta la golondrina en el alero...
y al robledal la trepadora asida,
asombra y enguimalda la avenida
donde posa el ensueño pasajero.

¡Oh vil encantador! puedes ogaño
herir la noble aspiración arcana
con el arpón letal del desengaño,

trocando la princesa en aldeana;
más viril en su rota, por tu daño,
se encrespa y lucha la conciencia humana.

SANCHO PANZA



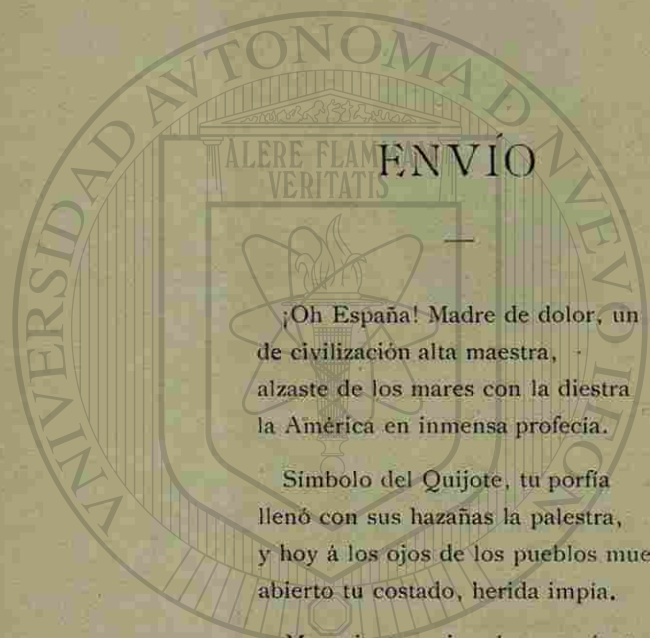
A mi hermano Enrique.

Como saco de gárrulos refranes,
obeso, en su asno, con el pelo hirsuto,
ladino á veces, á las veces bruto,
y trémulo á la voz de los batanes;

marcha Sancho en los múltiples afanes
del adalid; y engañador y astuto,
es soez, es glotón, es disoluto,
y dichoso entre sucios haraganes.

Doquier un caballero en cuja lanza,
y dice al vulgo: «¡Vamos! ¡Adelante!
para él que lucha el porvenir es rico!»

A duras penas van, tras la esperanza,
el ansia de ideal, en Rocinante;
y el sentido común, en su borrico.



ENVÍO

¡Oh España! Madre de dolor, un día
de civilización alta maestra,
alzaste de los mares con la diestra
la América en inmensa profecía.

Símbolo del Quijote, tu porfía
llenó con sus hazañas la palestra,
y hoy á los ojos de los pueblos muestra,
abierto tu costado, herida impía.

Mas mientras viva el pensamiento humano
y brille en los espacios un lucero,
última antorcha en la divina mano;

copias de lo ideal ó verdadero,
desfilarán, en el confín lejano,
la dama, el paladín y el escudero.



Gral. Carlos Pacheco.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL NIÁGARA

Al Gral. Carlos Pacheco.

¿Cuál es ese rumor que se levanta
y el ancho espacio con su voz atruena?...
no de otra suerte el férvido Océano
al golpe rudo de Huracán resuena
y con su furia el corazón espanta!

¿Qué misteriosa mano
rompe el silencio místico y divino
de aquesta augusta soledad? El viento
meciendo apenas el agreste pino,
lleva en sus alas pavoroso acento,
cual si en el frágil seno del planeta
revolviéranse airados los titanes
que el rayo ardiente vencedor sujeta.

¿Es la voz funeral de los volcanes
que amenazan destruir el Continente
y á la infelice humanidad precita
abrasa ya su lava refulgente?....

Cubre la nieve en mi redor la tierra,
reina la calma por doquier y miro
tranquilo el cielo que el paisaje cierra
y débil me parece que deliro.

Con vacilante y temeroso paso
trémulo sigo en el revuelto monte,
de una corriente llevo á las orillas,
y en la línea del próximo horizonte
tiendo la vista y caigo de rodillas!.....

¡Es un sueño tal vez!... del alto cielo
el mar sus aguas resonante arroja,
y el azotado y trepidante suelo
en sus olas frenéticas se moja.

Tiemblan los montes y retumba el valle,
el eco moribundo le responde,
revuela el ave sorprendida y muda,
huye la fiera y con temor se esconde.

En blancas nubes la furiosa espuma
vuelve hacia el cielo con terrible empuje;
y en la sutil y vagarosa bruma,
de la pálida luz á los fulgores,
sobre el abismo que revuelto ruge,
tiende el iris sus múltiples colores.

Así debió caer devastadora
el agua del Diluvio,
y así también sonar atronadora,

sobre Pompeya muda y trepidante,
la ronca voz del cálido Vesubio.

Si el iris que es la paz, no aquí luciera
sus coloridas fajas, se creyera
la destrucción del mundo decretada,
la hora fatal llegada
del duro juicio que al humano espera.

¡Cómo tu luz apaga el pensamiento,
oh ¡Niagara feliz! ¿qué humano aliento
pudiera resistir á la radiante
majestad que reviste tu caída? . . .

Torna la nieve campos de diamante
los que atraviesas vencedor altivo;
el pino de carámbanos cubierto,
y la robusta encina emblanquecida,
agitan á tu arribo
sus brazos suplicantes, y el abierto
espacio azul que te corona ufano,
de atronadoras voces misteriosas
se cubre, grita, brama;

prolongados suspiros lanza en vano,
sus ondas llenas con tu acento solo,
te huyen las aves, y el terror inflama
con su siniestra luz el pecho humano;
con rojas lumbres te ilumina el polo,
y cuando asoma, atónito, siniestro
y pálido también, te mira Apolo.

¿Qué diadema mejor para tu frente,
América feliz, futuro nido
del ave de Minerva pensadora
y el águila de Júpiter potente? . . .

Del Norte al Sur tu manto destendido,
luce las galas de tu rica Flora,
que sólo con tu Fauna compitiera,
y el sol ardiente con su fuego dora
desde el azul de tu sereno cielo.

Irgue el Andes sus cimas por doquiera
y las reviste de perpetuo hielo,
besa tus pies con sus reflejos de oro
la Cruz del Sur en las australes aguas,
que te enalzan en coro
con tus bravos y grandes Océanos;
y tu talle gentil ciñen ufanos
los encendidos cintos tropicales.

Tus hombros bellos de alabastro y rosa
cubre con sus crespones
la luz de las auroras boreales;
y el Niagara tu hermosa
é inspirada cabeza refulgente,
de ópalos ciñe por la luz heridos
de la Estrella polar sobre tu frente!

Entre el Asia y la Europa colocada,
refugio de los tristes oprimidos,
de aquéllas has tomado en la siniestra

mano la antorcha del saber fecundo;
y al alzarla después en la diestra,
París, la nueva Atenas, te ha aclamado
la Libertad iluminando el mundo!

Entonad, entonad el más sagrado
himno solemne de la patria todos
los que habitáis el Nuevo Continente
del uno al otro polo; reverente
la cabeza bajad ante la madre
común, que en su regazo
nos ha criado y con robusto brazo
á todos nos protege cariñosa.

Canten su gloria los polares hielos,
cante la voz del Niagara estruendosa,
el Popocatepetl y el Chimborazo
canten también á la indiana diosa
y se estremezcan á su voz los cielos!....

.....
.....
¡Eterna vanidad! ¡Eterno orgullo!
¡Quién al cruzar la vida pasajera
puede abrigar en su alma la esperanza,
si brotan siempre adonde el hombre alcanza
esclavitud y muerte por doquiera?.....

Se alza la flor erguida en la pradera
orgullosa y feliz con su perfume,
bésanla amantes los favonios leves,

y su aroma consume
el mismo goce á que se entrega ufana.

Pasan las horas de su dicha breves;
las perlas que le diera la mañana
tiemblan un punto en su imperial diadema,
mil soles reflejando en sus cristales;
y la matan las dichas terrenales,
y el sol ardiente con su amor la quema.

Brota en la cumbre el cándido arroyuelo
que riente entre guijas con decoro
pinta en su espejo el cielo;
nada á su gloria ni á su dicha falta,
juegan sus aguas con arenas de oro
y sus orillas la verdura esmalta.

Corre fugaz por el pensil florido;
y ansioso, engrosado y prepotente
los obstáculos vence que se cruzan
en su áspero camino; y en torrente
bien pronto convertido,
se arroja, suena, se retuerce y grita;
su frente ciñe de luciente plata,
y triunfador al fin se precipita
en profunda y rugiente catarata.

Lanza al espacio su nevada espuma
en penachos que el iris tornasola;
y vencedor audaz entre la bruma
sigue su curso en la campiña sola,

sin dudar de la suerte
que ha guiado sus pasos en la tierra,
y dulce arroyo que brotó en la sierra
en el salado mar halla la muerte.

¿Qué otra cosa es la vida de los hombres
y la ruidosa vida de los pueblos? . . .
Nacen e ilustran sus oscuros nombres,
y al rudo golpe de contrario sino,
halla Jesús el Gólgota
y los bárbaros Roma en su camino.

¡Ah! no sólo busquéis en las desiertas
soledades del mundo,
ruinas de imperios y ciudades muertas:
¡más hondo el panteón es todavía!
¿qué seres dormirán bajo la mole
del Andes secular que desafía
sobre sus fuertes bases de granito
el tiempo y lo infinito? . . .

Y la actual generación, no obstante,
ha mirado, no sólo de los templos
las torres ondear en el espacio,
hundirse con estrépito gigante
la humilde choza y el gentil palacio;
ha visto á ese coloso
que adorna con sus galas primavera
y el ángel del invierno, la altanera
cumbre, le ciñe con perpetua nieve,
estremecerse y vacilar, bajando

su frente augusta al sacudir violento
del trepidante suelo, como leve
hoja que mece pasajero el viento.

¡Esclavitud y muerte para el breve
átomo desligado que sacude
su vergonzante pequeñez obscura!
¡Esclavitud y muerte para el hombre
que la tiniebla impura
doquier le cierra el áspero camino
que hacia la cima del saber le guía,
y en los brazos del pérfido destino
le mira ahogarse indiferente y fría!

Fatalidad eterna, que en las alas
del tiempo infatigable conducida,
veloz despoja de sus ricas galas
la tierra como el cielo;
y en el mar sin rumores de la nada,
pálida diosa, sin temor ni duelo,
rige á su antojo la cansada nave
de la vida de todos y de todo.

Un guión luminoso entre dos noches
negras é impenetrables
es nada más el pensamiento humano;
¿quién abrirá los misteriosos broches
del principio y del fin? ¿qué ignota mano
romperá victoriosa las cadenas
que el Universo estremecido oprimen?

¿quién tornará placeres nuestras penas?
¿quién llevará consuelo á los que gimen?

Ancho y profundo abismo nos separa
á los hombres y á Dios, aislada roca
le sirve á Él de pedestal y ampara
al humano otra roca árida y triste,
desde la cual en su dolor le invoca;
paloma mensajera su plegaria
en vano vuela presurosa arriba,
pronto acorta su vuelo, se detiene
y otra vez más agonizante viene
sin conducir la deseada oliva.

En la infinita soledad callada
uno y otro se ven . . . ¿quién sabe! acaso
Dios es tan solo la ilusión creada
por el delirio de la fiebre ruda
que agita y rompe el vaso
en que la vida con temor se escuda.

¿Quién sabe! pero Júpiter cubierto
con el manto de múltiples ruinas
yace en los campos de la historia muerto.
Jesús vacila en el santuario abierto
á la voz de los nuevos peregrinos. . . .

¿Quién sabe los caminos
que seguirá la humanidad mañana?
Vana es la humana gloria!
¿La gloria de los dioses también vana! . . .
Y en tanto sigue ahondando con furiosa

actividad, ¡oh Niágara! tu tumba:
la fuerza misteriosa
que en el abierto abismo te derrumba
también me arrastra á mi de otra manera.

Esclavo como yo, busca ansioso
la admiración en tu veloz carrera;
cerca tu frente ahora victorioso
con la luz de la gloria. . . .
un punto gozarás de la victoria!

Todo es fatal y necesario. El mundo
pronto temblando de pavor la airada
suerte verá de América en el suelo
tornarse aciaga para el bien. Bañada
la bella faz en lágrimas ardientes
mirará la matrona desgarrada
su rica veste por sus propios hijos.

La espada fratricida
contemplo mudo, con los ojos fijos,
en manos de Cartago que se asoma
en las brumas del Niágara escondida. . . .
Y no es mi patria, por desdicha, Roma!

1881





EFÍMERA

Retozando en la corriente
el centauro por el huerto,
ve su juventud potente
entre crédulo é incierto.

El agua que llega altiva
y corre gárrula y loca,
apenas refleja y toca
al centauro, fugitiva.

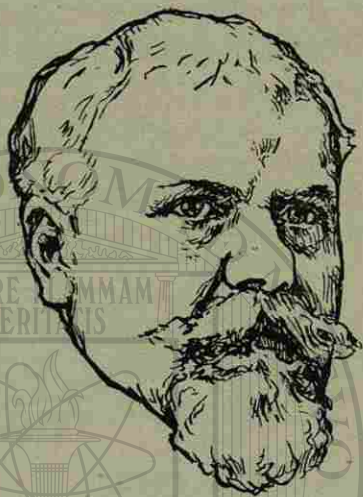
Se desliza ella en tanto
bulliciosa y placentera

y el centauro en su quimera
juzga que es eterno el canto.

Y piensa en su juventud
que el blanco cristal retrata,
que la vida se dilata
sin una vicisitud.

Oh! gratos ensueños de oro
que la edad primera inspira;
benditos, si sois mentira,
vanos, sois, pero un tesoro.





A JUSTO SIERRA

Quest' inno si gorgoglian nella strozza,
che dir nol posson con parola integra.»

INFIERNO.—CANTO VII.

Otra vez la ignorancia á tus oídos
lleva el insulto y la que fué esperanza
tórnanse en esa juventud sin rumbo
desengaño cruel. Son sus silbidos

su proceso inmortal; y en hondo tumbo
el mar furioso que á tus pies no alcanza,
la sumerge infeliz. De su venganza,
palabra torpe que proclama ahora
brotará la justicia que te escuda,
cual nace de las sombras de la duda
la luz de la verdad consoladora.

No fué bastante, soñador sublime,
en el mundo la palma de la gloria;
el dolor y la lucha son eternos,
cerca de todo bien la envidia gime;
es el dolor el alma de la historia,
y es el cimiento de la vida escoria
que sobró por inmunda en los infiernos.

No le bastaba á tu anhelar la frente
coronarte de lauros de Helicón,
y buscaste la trágica corona
de Graco, entre el tumulto de la gente.
No te bastó el aplauso en la tribuna,
ni la gloria en la cátedra serena,
y quisiste la grita que aún resuena,
noble desdeñador de la fortuna.

Es un laurel también, más valioso
que los demás que conquistar supiste;
los hombres como tú, los que atesoran
todo lo bueno, todo lo grandioso,
no al público favor son cortesanías;

más alto ejemplo su valer reviste,
y en su egregia conducta soberanos
nunca á las turbas varias
incienso queman, ni le rinden parias.

¿Y qué varón ilustre no ha ceñido
las punzantes espinas á sus sienes?
¿qué sociedad humana en sus vaivenes
mártires no ha tenido? . . .
La injuria de las masas delirantes,
el escarnio cruel que te persigue
son un eco del grito que Judea
lanzó á las plantas de Jesús errantes.
La voz de los injustos que prosigue
su trabajo infecundo, que la idea
como la luz del sol se ausenta solo
y luego más brillante centellea.

¡Victima noble del infame dolo!
Un nuevo pedestal tendrás ahora,
que faltaba una roca en las montañas
que escucharan la voz de Prometeo,
y en ella te erguirás cuando la aurora
con sus manos disipe las extrañas
sombas que en tu redor ha levantado
de los necios el sordo clamoreo.

Regocijate, pues, has alcanzado
la meta en el camino de la vida,
y serán los insultos nuevo abono

que en savia al fin se tornarán. Entonces
no serás ya la fiera perseguida
por la ignorancia de la turba alzada,
el pueblo mismo te traerá á su trono
y á la voz estruendosa de los bronces
celebrará la patria agradecida
la santidad de tu conciencia honrada.

1884.





SURGITE

A José Juan Tablada.

Mira bien, bajo el sol que se levanta,
la sonrisa del lago que se irisa;
y toma de su plácida sonrisa
esa serenidad que no habla, canta.

¿No hay paisaje en la tierra que te asombre?
¿que te mueva al amor y la esperanza?
¿por lo que ves á do tu vista alcanza
la bestia puede ser mejor que el hombre?

Pon el bien en las cuerdas de tu lira,
huye del huracán de las pasiones,

y esparce en el ambiente tus canciones
en alas de la brisa que suspira.

Atravesaste el Báratro sañudo,
arreatado, ¡ay! por la Quimera;
y has despertado en cristalina esfera,
que *Evangelina* depararte pudo.

Ruede la arena en la implacable ampolla;
difícil es vivir, morir sencillo;
en los ángeles, sueña, de Murillo,
no en las brujas fantásticas de Goya.

Ante el paisaje párate y medita,
no todo es mal, perversidad ni dolo;
con la Naturaleza, no estás solo;
como tu corazón, vive y palpita.

Te acaricia la flor con su perfume,
y te dicen las aves con su canto:
hay en la vida un celestial encanto,
el amor, que no ves, y te consume.

Tu desesperación es sólo eso,
amas y no comprendes; y te arrojas
en las simas del mal, hondas y rojas;
¡si tú supieras lo que vale un beso!

Has sido el prócer de la estrofa nueva;
desmenuza su luz en iris ricos,

en cuadros, y tapices, y abanicos,
lirica el ala del amor te lleva.

No áspera brotará ya tu palabra
en el verso candente y retorcido,
como demente en procesión macabra,
que con blasfemias lastimó el oído.

Cándido cisne, el ideal navega
buscándote, y te ofrece su barquilla;
ve y abandona la siniestra orilla,
apresúrate ya. avanza, llega.

Amor del mal el corazón arranca,
amor al alma la virtud integra;
y así nos lleva de la *Misa Negra*,
puros, á celebrar la *Misa Blanca*.



AL CABO

En el término opaco de la vida,
doblado el cuerpo, vacilante el paso,
cercado por las luces del Ocaso
en medio de la selva obscurecida,
veo levantarse en mi memoria lenta
el recuerdo de hombres y de cosas
que vivieron no más lo que las rosas,
en medio de la lucha turbulenta;
y me inclino á la tierra, indiferente,
viendo de la existencia la miseria,
aplicando el oído largamente
en comunicación con la materia.



J.R.
-1903-

NIHIL

A Balbino Dávalos.

Yo he visto hundirse la moral humana,
y la moral divina entre sus brazos,
cual la niebla sutil de la mañana,
por el sol tropical, hecha pedazos.

La pasión, con sus rudos aletazos,
quebró el claro cristal de su ventana;
tendió las alas, al romper sus lazos,
al azul ideal, químera vana.

28

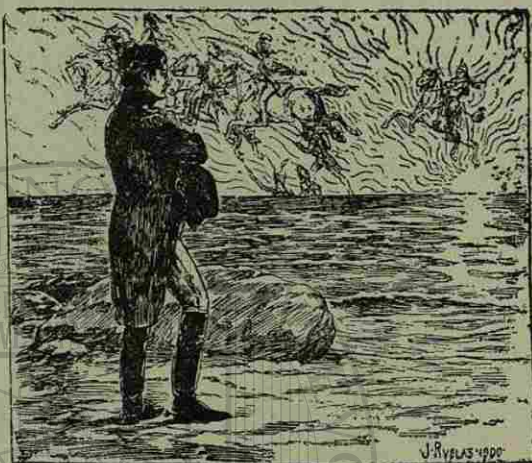
Si copia el lago en su cristal tranquilo—
el áureo sol, que la estación gobierna,
sólo fecunda, desbordado, el Nilo;

la Verdad á los tímidos consterna;
mas la Verdad, también—Venus de Milo—
no tiene brazos para ser eterna.



29

5



NAPOLEÓN

Vencido Napoleón
de la playa mira el mar
y cree verse levantar
de las aguas la legión;

la legión, la brava tropa
que bajo su ilustre mando
fué la victoria sembrando
por Italia y por Europa.

Sueña en el gran Bonaparte,
en el alto emperador,

30

y oye el clarín y el tambor,
ve ondear el estandarte.

El sueño no es firme y fijo,
y entre la niebla indecisa
mira mecida en la brisa
la cunita de su hijo.

Y el vencido emperador
ve que el rubio principito
cubre y llena el infinito,
esa es su dicha mayor.



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

31



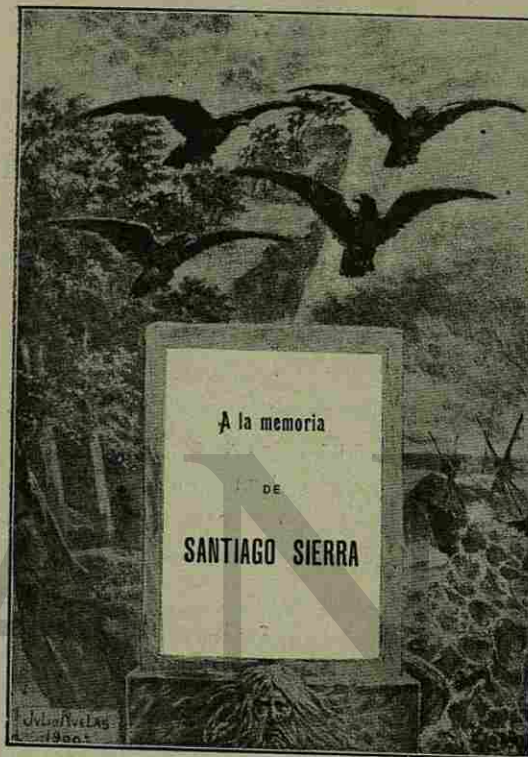
A UNA RUBIA

Para Baudelio Contreras.

Como una mariposa fatigada
vuela el verso hasta el cáliz de tu boca;
y esplende en el fulgor de tu mirada,
como la luz en el cristal de roca.

Cubre de polvo de oro tu cabello,
en tus largas pestañas posa apenas;
y resbala en la rosa de tu cuello,
pintado por la sangre de tus venas.

De tu pecho en las blancas margaritas
rueda feliz la mariposa loca;
y quiebra entre tus senos las alitas,
ebria de miel de amor, que se convierte,
apurada en el cáliz de tu boca,
en tósigo fatal, en miel de muerte.





A SANTIAGO SIERRA

Fuiste como una flor,
en la mañana
perfumaste el ambiente
con amor;
una ráfaga arcana
te deshojó en la fuente,
y contigo del agua en los cristales
cayeron muchos, muchos ideales.

Yo muerto te miré
tan bello y sonrosado
como una ilusión;
al cielo levanté
los ojos consternado;
y allí mi corazón,
clavado en una cruz,
sintió el espacio sin calor ni luz.



ÉXODO

A Manuel José Othón.

Hay un hondo silencio, pavoroso, en las almas.
El amor y la fe, la esperanza y la gloria,
han deshojado todas las simbólicas palmas
y han volcado el Leteo en la noble memoria.

El sabio y el magnate, el burgués y el poeta,
ruedan en el silencio de un infierno de hielo;
se ha pegado á los rostros la implacable careta
del egoísmo; y rueda, también, callado el cielo.

Ni se mueven las hojas, ni palpitan los nidos;
sólo rompe esa Nada formidable, á las veces,

un acento que azota á los tristes vencidos
de cuyos labios secos ya no vuelan las preces.

Y la Esfinge, en las largas lejanías de la vida,
sus ojos sin pupilas clava, desde su asiento
de movibles arenas, mirando la caída
de los astros errantes del negro firmamento.

Como efímeras sombras pasan ora los hombres
por el desierto inmenso que la bestia gobierna
sin huella de su paso, sin huella de sus nombres,
en tétrico desfile de desventura eterna.

Pero lejos, muy lejos, se levanta, no obstante,
el rumor de la arena, al fundirse la escarcha;
y va creciendo lento, como menos distante:
el futuro que llega, ¡la humanidad que marcha!



PAX TECUM

Al Gral. Manuel González.

Cuando Washington era, la Bastilla,
Paris, en tu recinto, se elevaba.

De América te fué, hálito inmenso,
con Lafayette de libertad la llama.

Y hablaste; ¡cómo hablaste! . . . Sólo pudo
la voz de Mirabeau hacer palabras!!!

. . . Y despreciando la piedad divina
te manchaste con crímenes y lágrimas.

¿Esa es la libertad? Pregunta á Rusia
en pleno siglo veinte. Es una infamia . . .

cuando un déspota tiéndele las manos
al pueblo en su dolor, y la esperanza

de salvar su país llénale el pecho
y le colma de luz la obscura alma,
el pueblo es vil y desordena y busca
más víctimas que hacer, y roba . . . y mata!

¿Esa es la libertad? . . . ¡Oh, torpes reyes!
¡Oh, pueblos bestias! bestias empeñadas
en aplicar el hierro enrojecido,
ahondando más la pavorosa llaga . . .

Pero hay algo que ríe en la tiniebla
hecha por la ambición. En lontananza
el astro sin poniente: la justicia.

Fuera coronas, cetros, alguien clama!
¡Oh, vieja Europa! en tu dolor espera . . .
la corona de América es el Niágara!



A LA MEMORIA

DEL DR.

GABINO BARREDA

La ciencia ha hecho bancarrota! Un grito
del siglo moribundo lo proclama;
hay que empuñar de nuevo el oriflama
del ensueño, en el término infinito.

Jesús en los altares gime y llora
tendiendo exangüe las ebúrneas manos
sobre el loco turbión de los humanos
que en la noche sin fin busca la aurora.

Otra vez le negaron como Pedro
bajo el beso fatídico de Judas,

de salvar su país llénale el pecho
y le colma de luz la obscura alma,
el pueblo es vil y desordena y busca
más víctimas que hacer, y roba . . . y mata!

¿Esa es la libertad? . . . ¡Oh, torpes reyes!
¡Oh, pueblos bestias! bestias empeñadas
en aplicar el hierro enrojecido,
ahondando más la pavorosa llaga . . .

Pero hay algo que ríe en la tiniebla
hecha por la ambición. En lontananza
el astro sin poniente: la justicia.

Fuera coronas, cetros, alguien clama!
¡Oh, vieja Europa! en tu dolor espera . . .
la corona de América es el Niágara!



A LA MEMORIA

DEL DR.

GABINO BARREDA

La ciencia ha hecho bancarrota! Un grito
del siglo moribundo lo proclama;
hay que empuñar de nuevo el oriflama
del ensueño, en el término infinito.

Jesús en los altares gime y llora
tendiendo exangüe las ebúrneas manos
sobre el loco turbión de los humanos
que en la noche sin fin busca la aurora.

Otra vez le negaron como Pedro
bajo el beso fatídico de Judas,

y sueña triste, entre las nieblas mudas,
como en las cumbres del Carmelo el cedro.

Está solo, las hórridas espinas
son en su frente un círculo de garras;
y el simbólico jugo de las parras,
¡su sangre! corre en negras sabatinas.

Su cuerpo —pan divino— es en las bocas
como miel en las fauces de las hienas;
y de las almas, de amargura llenas,
ya no labra su amor las duras rocas.

Jesús! Jesús! tu templo está desierto,
toda la tierra es hoy como un calvario;
y en un bosque de cruces, solitario
va el espíritu echado de tu Huerto.

La ciencia ha hecho bancarrota. Ha visto
«lo Incognoscible,» con mortal pavora;
por un lampo no más de tu dulzura
la ciencia entera truécenos, ¡oh Cristo!

Ah! ¿Conque ha hecho bancarrota? ¿Acaso
tú no adoraste la verdad divina?
El licor de la ciencia se avecina
á los sedientos labios, en tu vaso.

¿Que hay misterios aún? Tú lo dijiste:
mas próximo está el reino de los cielos;

y les distes á todos los anhelos
el supremo refugio de los tristes:

la esperanza, Señor, en la siniestra
espiral de las sombras sin medida.
Yo soy camino de Verdad y Vida,
seré consuelo y esperanza vuestra.

Místico fiel del pensador y el bueno,
que así sorprende el vuelo de los astros
como talla, en los blancos alabastos
de su propia conducta, el bien ajeno.

No tendrá fin tu gloria ni tu nombre.
¿Por qué te han calumniado las edades?
Tú, en medio de las broncas tempestades,
si fuiste Dios, te convertiste en hombre.

¡Qué legado el de Egipto, Grecia, Roma!
Cuando en el monte te tentaba el Diablo,
ya elaboraba su elocuencia Pablo
para lanzar la mística paloma.

Tu reino no era el reino de Judea,
ni tu ejemplo, de pocos el ejemplo,
ni el de Jerusalem era tu templo,
sino el del sentimiento y de la idea.

Y así fué la labor. Bajo la obscura
gótica arcada del convento adusto

se amó también, ante la faz del Justo,
la curva griega voluptuosa y pura.

El ágil verso del poeta erótico,
la sentencia de Sócrates montada
de Platón en la estrofa nacarada,
y el azulejo del musulín exótico.

El número y la fórmula, la risa
y el llanto del filósofo, el problema
de la vida, la égloga, el poema
y el verbo del amante de Eloisa.

Oh! conquistas del genio deshojadas
en la Via Appia humana silenciosa,
pétalos todos de la misma rosa,
¿no sois sino ilusiones perfumadas?

El cielo de Kopérnico, las leyes
de Keppler y de Bacon la experiencia,
de Newton ó de Edisson la ciencia,
¿ni avena son para que pasten bueyes?

¡Cuánta acumulación de esfuerzo rojo!
¡Cuánta de amor, de sacrificio y duda,
para llevar á la verdad, desnuda—
castamente— á la cumbre del sonrojo!

Oh! tú, Maestro, cuya alma queda
en átomos dispersa en nuestras almas,

¿de qué te servirán versos y palmas,
si hasta tu nombre morirá, Barreda?

¿Qué busca el núcleo de tus siempre fieles
en esta augusta ceremonia ahora,
si es la muerte la única señora
y estamos de la muerte en los dinteles?

Arroja de tus manos el stylo
á la honda callada del Leteo,
y no libertes nunca á Prometeo,
trágico colosal, iluso Eskylo.

De la impotencia lánzate en la espira,
maestro de maestros en el mundo;
busca en la noche el antro más profundo,
infantil visionario de Stagira.

Arroja tus harapos de oropeles,
bizantino pintor, llegó Mahoma;
tus obras de arte despedaza, Roma,
rompe el cincel y quema los pinceles.

En tus plazas, icónica Florencia,
aglomera los libros anhelante;
haz una hoguera y carboniza al Dante,
artista enamorado de la ciencia.

Y tú, la sabia, la moderna Europa,
retrocede á las selvas con Arminio;

sólo es fuerte el pavor, el exterminio,
hay que llenar de lágrimas la copa.

Hay que volver á las plegarias tiernas
ó á las viles blasfemias infecundas,
y con las esperanzas moribundas
acogerse otra vez á las cavernas . . .

Jamás! . . . La ciencia, como en roca viva,
nos da su manantial gota por gota;
pero ¡qué limpia la corriente brota
ante la estéril sombra fugitiva!

El vapor es á Dios como una ofrenda
y la electricidad una plegaria,
mejores que en la brecha solitaria
el humo tenue de salvaje tienda.

La ciencia es la senda inesperada . . .
Euanos! que á la vera del camino
caéis al breve soplo del destino
como polvo sin germen en la nada.

¡La nada! ¡qué palabra! Brota en vano
del desencanto, del dolor ó el miedo.
¡Qué trágico final para un enredo
de algún bestial emperador romano!

La ciencia es la redención interna
y externa de los seres y las cosas;

siega en campos de estrellas y de rosas,
para la humana aspiración eterna.

La Ciencia, los penates y los lares
ha sustituido en el hogar bendito
con el trabajo sobre el débil rito,
en la eversión de dioses y de altares.

¿Y la felicidad? . . . Vuelva el cuitado
la vista á las edénicas auroras;
el hombre sus dos alas triunfadoras,
la Verdad y el Amor, ha desplegado.

¡Que pávido, letal, sólo el suicida
azote como Orígenes, sin mengua,
lo mismo con el sexo que la lengua,
á la Naturaleza y á la Vida!

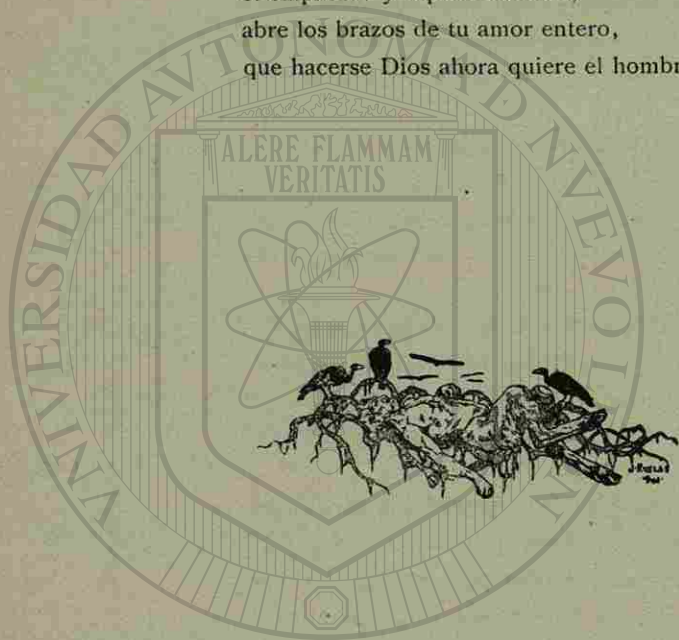
¡Barreda! Á tu recuerdo, el alma cobra
nuevos esfuerzos para nuevas luchas.
¿De cátedras y fábricas escuchas
el intenso rumor? Esa es tu obra!

La segadora sin piedad, la Muerte,
de la cabaña rústica al palacio,
no matará en el tiempo y el espacio
tu pensamiento, perdurable y fuerte!

Oh, Jesús! que de Dios en las alturas
ser un hombre quisistes en la tierra,

vuelve al monte más puro de la sierra,
vuelve al Tabor, vestido de blancuras.

Has que delirios místicos se alfombré
el empinado y áspero sendero;
abre los brazos de tu amor entero,
que hacerse Dios ahora quiere el hombre!



EL FESTÍN DE CLAUDIO

(DE UN LIBRO DE CASTELAR)

A Enrique Pérez Rubio.

I

Á las primeras sombras de la tarde,
en la colina, el alto Palatino
como constelación se prende y arde
para el festín de Claudio, del divino.

Decoran los contornos de la sala
jardines verdaderos, cuyo aroma
por los inmensos pórticos se exhala,
en el ambiente que respira Roma.

Gotas suaves de oriental esencia
caen de las techumbres, lentamente;
músicas invisibles su cadencia
envían por el aire transparente.

Y las trémulas notas en sus giros
al escaparse, en rápido momento,
murmuran besos, risas y suspiros,
y ruido de alas, en el manso viento.

Alternan con las músicas el coro,
que resuena en los ámbitos apenas,
haciendo recordar el ritmo de oro
de los coros pragmáticos de Atenas.

Y que es como eco muy lejano
del antiguo esplendor, desvanecido,
de un pueblo roto por su propia mano,
que en sus propios laureles ha caído.

Los mosaicos en ricos pavimentos
aparecen de rara pedrería;
en las paredes miranse opulentos
cuadros de amor, de guerra ó poesía.

Cuelgan del techo lámparas de plata
nutridas por el óleo de los nardos;
y en pebeteros de oro se desata
lluvia sutil de perfumados dardos.

En los bronceos vasos, á montones
apiñadas las nieves apeninas
para calmar así las impresiones
letales del calor. Y las resinas

—en tripodes de oro calcinadas—
de Egipto y de Judea, débil humo
lanzan sobre las mesas entalladas
hermosamente, de artificio sumo.

Cuanto el refinamiento ha atesorado
en la regia ciudad capitolina,
al banquete de Claudio se ha llevado,
en los brazos del miedo que la omina.

Vasos murrinos, en la mesa puestos
y unidos por exóticas guirnaldas,
brillan con lampadarios interpuestos
como rubis, topacios y esmeraldas.

En cráteras de acero viejos vinos,
escanciados por jóvenes en coro,
que pudieran tomarse por divinos,
al extraerlos con cyathas de oro.

En torno, con las telas más preciosas,
amplios triclinios tiéndense, más hechos
que para las comidas portentosas,
para el placer y el sueño dulces lechos.

Británico, Nerón, la bella Octavia
Lucano, Persio, Séneca, pretores,
de la Roma imperial la pura savia
arrojan á los pies de sus señores.

Pero en aquella multitud que llega
como la predilecta de la suerte,
sopla algo que á su paso la dobllega
como el aliento frío de la muerte.

La multitud revuélvese. Es la hora.
Esperan ya al Emperador, al claro
Emperador, lo dice anunciadora
inquietud general. Vivir es raro.

¡Que sí es raro vivir! Sobre el invicto
Emperador su cólera fulmina
una mujer mayor á todo edicto,
la feroz y hermosísima Agripina.

Y aquella multitud, al ver que asoma,
lanza un grito, venciendo su desmayo,
que rueda, resonando, sobre Roma:
¡La Emperatriz! con el fragor del rayo.

II

¡La Emperatriz! gritó la muchedumbre.
Era ella, Agripina, en corte plena;
y pareció el salón tener más lumbré,
la atmósfera de aromas aun más llena.

Solemne, como nunca, aparecía
ál a doblada turba de romanos,
como la luz del sol en pleno día,
con la vida y la muerte entre las manos.

Se movió electrizada, sin enojos,
la multitud con algo de oleaje;
y sin temores ya, clavó los ojos
en su ideal y constelado traje.

¡Qué hermosa con su lujo ¡ah! qué hermosa!
¡Qué luz aquella luz de su mirada!
La gente la aclamó, era la Diosa
á la rendida impetración llegada.

Iba el Emperador, triste, á su lado,
cojeando, crasísimo; sin duda
era Vulcano á Venus ayuntado,
creyólo así la concurrencia muda.

Ni una palabra al dueño de la tierra.
Todo á la Emperatriz omnipotente.
Belleza y genio su semblante encierra,
y otra vez la aclamó toda la gente.

Ante la altiva Emperatriz radiosa
Claudio se adelantó con paso vago;
en una copa deshojó una rosa
y, saludando, la bebió de un trago.

El festín comenzó. Cuatro robustos
siervos un jabalí cargan entero.
Hígados de ocas á diversos gustos
condimentados con extraño esmero.

Pavos reales, su gentil plumaje
luciendo y con las colas destendidas,
cual si vivos cruzaran el bosque,
y ostras, desde Circea conducidas.

Innúmeros pescados y muy raros
que el mundo desde lejos enviaba;
que buen pescado quiere vinos claros
y así Claudio su sed multiplicaba.

Devoraba el anciano y sonreía
al objeto imperial de sus amores;
y alzaba la cratera que vertía
gotas de vino y pétalos de flores.

Y era inagotable la corriente
de vinos extranjeros y de Lacio,
mezclados con el agua de la fuente
de Bandusia, cantada por Horacio.

Pidió Claudio su vino predilecto,
vino de Sezia; y el gualo de oro
en la patera lo virtió directo
gota á gota y exclama: «Yo os imploro,

Apolo, padre de las musas; mira
cual sacudimos todos los pesares;
y, al grato acento de la dulce lira,
cantamos á los dioses tutelares.

Ceres regala el pan, el vino Baco,
y las flores tapizan la pradera,
hinchán las mieses el egipcio sacó,
ríe feliz naturaleza entera.

El címbalo resuena en la montaña,
cierne la vid su pólen fecundante;
y el Amor, cual la luz de la mañana,
sonríe, de la vida, en el levante.

Si muchos no tenemos en las sienas
el verde mirto que feliz pregona
juventud ¡oh, existencia! siempre tienes,
para nosotros, plácida corona.

Dejemos los pesares inhumanos;
de este licor divino levantemos
las rebosantes copas en las manos,
comamos, y bebamos, y gustemos.

Que corran las ideas á su antojo
por nuestra cultivada inteligencia;
y las pasiones, como hierro rojo,
quemén el sentimiento y la conciencia.

Enguye el divo Emperador. Y luego,
pálido el rostro, tiembla, se levanta,
siente en sus venas devorante fuego,
cae, lanzando un grito su garganta.

Su esposa, sin escrúpulos, le mira
como en la noche misma de su boda;
y en tanto el viejo Emperador expira
queda la gente estupefacta toda.

De la vil Agripina la mirada
pasa sobre la gente que pregunta;
y diciendo «no es nada.... si no es nada....»
á Nerón rapidísima se junta.

Británico y Octavia los inertes
restos cubren de lágrimas y besos,
¡Ah! si tal pasa con los robles fuertes,
¿qué esperan ellos, de Agripina, presos?

Finge dolor la innoble parricida,
Nerón se yergue como ungido atleta,
y ensaya, mentalmente, inaprendida,
su canción de energúmeno y poeta.

Lucano, Persio, Séneca, departen
filosóficamente de aquel caso.

En grupos todos hacia Roma parten
de las noticias á volcar el vaso.

En aras de la próspera Fortuna
el Sezia en el festín, á los altares
el hidromiel, el verbo á la tribuna,
el genio á los poéticos cantares.

Regocijemos con la dicha el pecho
de la romana gente denodada;
y reine aquí, también, bajo mi techo,
la paz en el imperio derramada.

«Paz, paz, paz,» repitió Claudio beodo....
La Emperatriz interrumpióle seria:
«Claudio, Claudio, en verdad comes de un modo...
y si hablas, agotas la materia.»

«Dices bien. ¿Y las setas prometidas?»
«¿Las setas?» le contesta indiferente;
y mirando á las gentes distraídas,
«¡las setas!» dice; y trueca de repente

su hermosa faz huracanado gesto,
arden sus ojos con fulgor extraño;
y repite: «¡las setas! ¡presto! ¡presto!»
y agrega: «come pocas, te hacen daño....»

Arroja una mirada de pantera
á los siervos, sus cómplices, de suerte
que se doblega todo por doquiera,
á sus designios trágicos de muerte....

Y ya sola, Agripina se dirige
hasta el lecho imperial que ocupa el muerto,
depone el gesto que á su faz aflige,
clama: «¿Nerón Emperador? ¿Es cierto?....»

Gozosa lo repite. No le asusta
fúnebre el eco que su voz arranca;
y olvida que es la mano de Locusta
la que ha doblado la cabeza blanca

del viejo Emperador, y la que ciñe
á Nerón la diadema de aquel muerto;
y al ver que el alba el horizonte tiñe,
clama: «¿Nerón Emperador?.... ¡Es cierto!....»



A VICTORIANO SALADO ALVAREZ

El Arte
es único,
¡oh! crítico púnico,
de inútil por viejo estandarte.

Lo bello
es sagrado
y vence el osado
que no á la rutina doblega su cuello.

¿Sujetas
la obra?
De sobra
están cartabones á genios poetas.

No atentes
á Helena.
Evita la áurea colmena
ó afila tus uñas y lima tus dientes.

Y ya sola, Agripina se dirige
hasta el lecho imperial que ocupa el muerto,
depone el gesto que á su faz aflige,
clama: «¿Nerón Emperador? ¿Es cierto?....»

Gozosa lo repite. No le asusta
fúnebre el eco que su voz arranca;
y olvida que es la mano de Locusta
la que ha doblado la cabeza blanca

del viejo Emperador, y la que ciñe
á Nerón la diadema de aquel muerto;
y al ver que el alba el horizonte tiñe,
clama: «¿Nerón Emperador?.... ¡Es cierto!....»



A VICTORIANO SALADO ALVAREZ

El Arte
es único,
¡oh! crítico púnico,
de inútil por viejo estandarte.

Lo bello
es sagrado
y vence el osado
que no á la rutina doblega su cuello.

¿Sujetas
la obra?
De sobra
están cartabones á genios poetas.

No atentes
á Helena.
Evita la áurea colmena
ó afila tus uñas y lima tus dientes.



PIERROT

Pierrot vagando en el huerto
se encuentra con unas bellas,
y hacia el grupo se encamina
más dormido que despierto,
y va siguiendo sus huellas,
y olvida á su Colombina.

Así al espíritu humano,
en la existencia perdido,
le vencen por vario é insano,
la liviandad y el olvido.



58



RÚSTICA

A Carlos Díaz Dufoo.

Por el erguido tronco, se encarama,
de un cerezo, el rapaz con fácil brío;
y se suspende sobre el claro río,
balanceando la flexible rama.

Rie tendida en la musgosa grama
bella rapaza de mirar sombrío,
cruge la rama y el rapaz baldío
halla en la arena humedecida cama.

Se yergue, corre á ella en ansias locas
y estalla, ensangrentada, una cereza
comprimida á la vez por ambas bocas;
la dulce niña inclina la cabeza . . .
Han cruzado el umbral de los misterios
y se miran los dos mudos y serios.

59



BYRON

Cuantos grandes poetas te cantaron
¡oh, el más grande de todos! el coturno
en el vestuario escénico buscaron
ó la acidez del festival nocturno.

¡Ay! nadie con sus manos, la cabeza
rubia como las mieses estivales,
arcángel del dolor y la tristeza,
te coronó de espinas celestiales.

Nadie miró que el horizonte rojo
de tu niñez, abandonada y sola,
insultado en tu hogar porque eras cojo,
te echó a la sociedad como una ola;

como una ola de dolor, amarga,
más aún que las ondas de los mares
que llevan tu país como una carga
á través de los tiempos seculares.

Y esa que el genio te ciñó á la frente,
de culpa y penas fúlgida diadema,
es de este siglo la corona ardiente
que alumbra con el fuego en que se quema.

La epopeya llevaba por Europa
de la revolución el estandarte
al grito bronce de la estulta tropa;
se iba Jesús, y con Jesús, el Arte.

Las rojas chispas de la inmensa hoguera
que incendiara á París, iluminaban
con siniestro fulgor la tierra entera,
el trono y el altar se desplomaban;

cuando en medio del rojo cataclismo
despertaste al ensueño de la vida,
mirándote, entre el cielo y el abismo,
sin alas que extender en la caída.

El fango te manchó. Aquella gloria
amasada con sangre en el proscenio
de la tierra, partícula de escoria,
no pudo un pedestal dar á tu genio.

Nunca en tu frente pálida de niño,
circundada de luz, de luz eterna,
nunca su beso colocó el cariño,
nunca rodó la lágrima materna.

¡Oh, livida y letal melancolía!
diosa de los crepúsculos del alma,
tú, sólo tú, su amarga poesía
ceñiste de laureles y de palma.

Tú le seguiste al término remoto
adonde le arrojó la turba necia
y, ofrenda funeral, tu flor de loto
deshojaste en la frente de la Grecia.

Entonces, sólo entonces, sobre el yerto
poeta del dolor y de la muerte,
retendió la ciudad, gimió el desierto
y Atenas resurgió, próspera y fuerte.

Hasta la misma Albión, tu ingrata cuna,
tus restos trajo en procesión gloriosa,
como una madre que á su hijo encuna
en sus brazos de *Mater Dolorosa*.

Á su sepulcro acércate muy quedo,
ya que vas á morir, Siglo sin alma,
y pregunta al oído de Manfredo
si halló en la tumba la anhelada calma.



15 DE SEPTIEMBRE DE 1810

A mi hijo Emilio.

La noche en torno; la luz
de la aurora no lejana
y la voz de la campana
llamando al pie de la cruz.
Entre el espeso capuz
de las sombras que se van,
voces extrañas que dan
sus ecos vagos al viento,
que pasa á veces violento
con ímpetu de huracán.

En el espacio dormido
aún cintilan las estrellas;

deja sus pálidas huellas
la exhalación que ha partido
en el zafir; encendido
fulgor argentado inflama
á Venus que dulce clama
al amor en el espacio;
y es el Ether un palacio,
y el alma mística llama!

Flamea en el infinito
de Tauro el ojo sangriento;
en las regiones del viento
igneo estalla el aerolito.
Á veces agudo grito
que rompe el silencio augusto,
voces de duelo, de susto,
levantan ecos lejanos,
y sombras y espectros vanos
giran en concierto adusto.

Medrosos pasos, rumores
que en la calle se confunden,
un vago pavor difunden
por la villa de Dolores.

Luego son sus moradores
despertados á deshora
por la campana sonora,
que con lengua férrea canta,
y de los duendes espanta
la turba desveladora.

Cae el viento, estremecidos
quedan los árboles dando
arrullo amoroso y blando
á los pájaros dormidos.
Por entre el musgo escondidos
murmuran los arroyuelos,
y de la niebla los velos
rompen al correr sonoros,
diciendo en risas y lloros
su monólogo á los cielos.

Se apagan las nebulosas,
brumas con ansias de astros,
y dejan enormes rastros
de polvo de blancas rosas
en sus rutas prodigiosas;
y entre la noche la Tierra,
del llano á la última sierra
copia de génesis mudo,
con extraño impetu rudo
elaborando la guerra.

En fulgor de ópalo y grana,
al Oriente el horizonte,
se enciende y reviste el monte
su púrpura soberana.
Alborea la mañana,
y entre la iglesia ya abierta
y el pueblo que se despierta,

se yergue un severo anciano
con fuerte espada en la mano,
como guardando la puerta.

¡Libertad! grita su boca
ante la atónita gente
que alza la humillada frente
y a la libertad invoca.

La campana herida toca
con desusada alegría
y al viento sus notas fía
de libertad y esperanza;
la luz presurosa avanza,
surge el sol, y nace el día!

El pueblo con hondo afán
armado de extraña suerte,
clama libertad ó muerte
con alientos de volcán.

Desde el prócer al jayán,
de noble entusiasmo rojos,
se postran todos de hinojos
proclamando empresas locas,
y rezan todas las bocas,
y lloran todos los ojos.

Y se viene á recordar
que aquel simbolo cristiano
que trajo el soldado hispano

cuando vino á conquistar,
es para el que va á luchar
el más glorioso pendón:
más temible que el cañón
para los déspotas viles
y presentan sus fusiles
al signo de redención!

Hidalgo, el anciano noble
de heroica virtud ejemplo,
penetra seguido al templo
del pueblo con ansia doble.
En tanto el marcial redoble
del tambor al resonar,
anuncia que va á empezar
el sacerdote patricio
el divino sacrificio
de la patria en el altar.

Él, con majestad sencilla,
ante la turba inclinada,
alza el hostia consagrada
y la gente se arrodilla.
Blande después la cuchilla
aquel obscuro adalid:
abierta queda la lid,
y á Dios resonante implora
la música triunfadora
de los salmos de David.

Ah! muy pronto entre el fragor
de la lucha desigual
que riñen el bien y el mal
con homérico valor:
al oirse el estertor
del infeliz moribundo,
alzarán eco profundo
esos cantos sobrehumanos,
que anuncian á los tiranos
la libertad de este mundo.

Y con ansias infinitas
rugirá el león sañudo,
porque un castel de su escudo
ha perdido en Granaditas.
Ante sus glorias marchitas
verá los nuevos pendones;
bajo ellos los corazones
heroicos á todas luces
que han de servir en las Cruces
para apagar los cañones.

Ah! la victoria á sus pies,
que mueve á los insurgentes
el hábito de valientes
de Cuauhtémoc y Cortés.
El triste virrey después,
oye en su mansión sin gloria
los clamores de victoria
con que libres y arrogantes

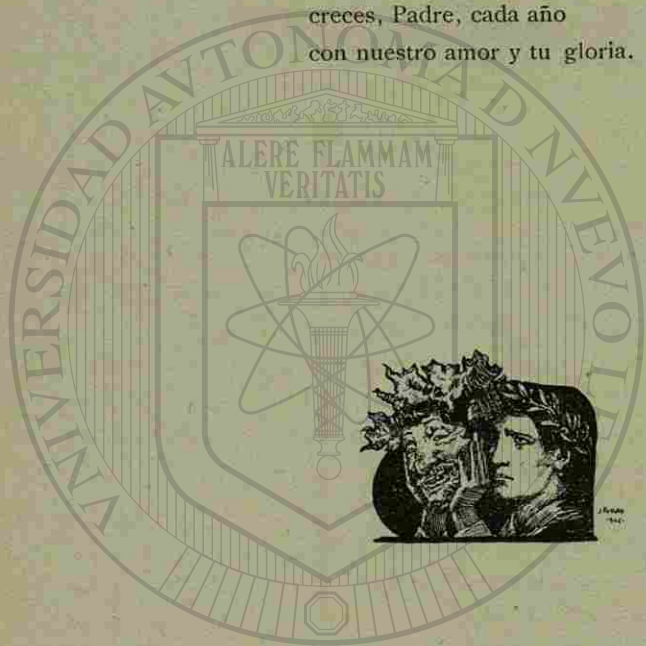
aquellos nuevos gigantes
van escalando la historia.

Luego á Hidalgo, al Redentor,
el vilipendio, la muerte:
que se guisan de esa suerte
la grandeza y el dolor!
Mas creación de su amor
y sus heroicos anhelos,
de nuestra patria en los cielos
deja aquel sol que perece,
un astro que resplandece
sin ocaso: el gran Morelos.

En el cielo su ideal
flotando alado y triunfante,
bajo él su sangre humeante
de la patria agua lustral.
Baño de luz inmortal
que Chihuahua recibió
y en ánforas recogió
de gratitud y heroísmo
y el ángel del patriotismo
de eterno lauro ciñó.

Hidalgo, Padre, del mar
que resuena en Veracruz
al Pacífico que en luz
baña el sol al declinar;

desde donde vió pasar
el Maya siglos de historia
hasta la línea ilusoria
que linde impone al extraño,
creces, Padre, cada año
con nuestro amor y tu gloria.



AL AUTOR

DE

“LOS MURMURIOS DE LA SELVA”

I

En medio de mi noche, como suele
música inesperada hasta el oído
llegar, entre la brisa que la impele,
llegó tu canto por mi bien traído;

y feliz al acento de tu avena,
libé la miel de tus divinos versos;
y mis hondos tormentos y mi pena
huyeron destrozados y dispersos.

II

¡Qué azul estaba el cielo y qué brillante
el sol sobre las ondas encendido!
En torno el mar bañaba resonante
con sus espumas, mi bajel erguido.

¡Qué larga estela de rubí dejaba
al avanzar llevado por el viento,
y á qué sueños enormes despertaba
al bello panorama, el pensamiento....!

¡Ah! de repente sorprendí la cumbre
blanca del monte en las hinchadas olas;
un faro de las almas con su lumbre
diciéndonos de lejos: no estáis solas!

Los reflejos del sol en los cristales
del agua rota por la fuerte quilla
eran lujo de luces tropicales,
al avistarse mi natal orilla.

La playa sus inmóviles arenas
en vasto anfiteatro desplegada
y hundía en nubes de colores llenas
su flecha de cristal el Orizaba.

¡Qué veste de esmeralda la del monte
y qué verde el del mar estremecido!

¡Qué fulgor espectral del horizonte
entre el agua y el cielo suspendido!

En pie, risueño, en la robusta prora,
vi realizarse mi ideal incierto;
la nave de los mares triunfadora
echaba el ancla en el soñado puerto.

Sonó al romper con rapidez el agua,
y, hundiéndose en la masa cristalina,
hirió al titán que entre las ondas fragua
la tempestad, la muerte y la ruina.

Veloces hacia el buque, desde el muelle
los botes se acercaron en contorno;
y empezóse á sentir como de un fuelle
el aliento pasando sobre un horno.

¡Oh! la caliente costa de mi tierra
hollada por mis pies!....me parecía
sueño mirar su levantada sierra
bajo los rayos tórridos del día.

Aun sonaban las ráfagas del Norte
en mis oídos, y la blanca nieve
creí mirar con su letal cohorte
de árboles secos y de bruma aleve.

El regreso á los trópicos de una
ave inexperta que llevara el viento

hacia el polo, por bárbara fortuna,
entonces fué mi solo sentimiento.

Y revivió la eterna poesía
de la naturaleza, la zampoña
volvió á sonar al término del día
bajo la enredadera que retoña.

Las baladas tristesimas dejaron
el campo libre al sonriente idilio,
y los rudos pesares se acallaron
con los vernaes cantos de Virgilio.

La ausencia de la patria, como un sueño
su recuerdo dejó solo en el alma,
y hube de nuevo en plácido beleño
de reposar bajo la esbelta palma.

Después..... tornó con su brutal tristeza
el dolor, penetrando hasta mis lares,
y coronó de abrojos mi cabeza
y disipó los délficos cantares.

III

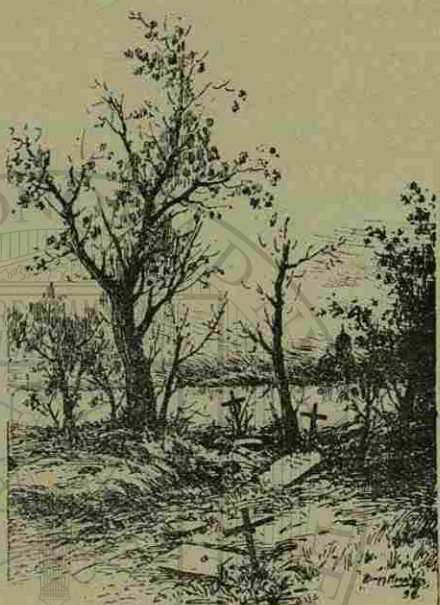
Hoy tú revives con tu grácil flauta
á las musas del claro Pausílipo;
y audaz, como el helénico argonauta,
das, vencedor, el olvidado tipo

del arte antiguo á las estrofas nuevas,
cubres de mirtos y laurel el suelo,
y arrebatas las almas y las llevas
tras de tu numen por el amplio cielo.

Canta, poeta; mi dolor olvido
oyendo departir á tus pastores,
y siento aún mi espíritu encendido
con la llama feliz de los amores.

Canta! y tu voz, en cañas desiguales
cogidas en el bosque, presto vuelva
á adormecer los vientos invernales
con los dulces *Murmurios de la Selva*.



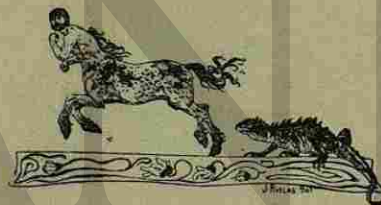


GRAL. ANTONIO ROSALES

El invasor,
en pos de glorias y de medro,
llegó á las bellas tierras de occidente;
Rosales, con valor,
arrólló su arrogancia
en los rientes campos de San Pedro;
y el soldado valiente,
dechado de virtudes y de amor,

sobre los hijos de la vieja Francia
su magnanimidad echó clemente.

Los bravos enemigos,
en medio de la lucha asoladora,
trocados por el héroe en sus amigos
adictos y leales,
querían, á toda hora,
«ser mejor prisioneros de Rosales
que jefes de la pléyade invasora.»





¡OH! LOS CUENTOS.....

Oh! los cuentos infantiles
de las madres ignorantes!
en que enanos torpes, viles,
vencen á nobles gigantes.

En que espantosos endriagos,
en extravagantes pujas
con fantasmas y con brujas,
hacen en el alma estragos.

Idos lejos, si, muy lejos;
fuera insensatas consejas.
De la luna á los reflejos

78

cuenten al niño los viejos,
la labor de las abejas!

No truequen fuerzas amigas
de la existencia penosa
en hostiles ó enemigas:
la espina sirve á la rosa.



79



CARMEN.

Para Clearco Meonio.

Yo tengo un verso para ti escondido
del corazón en el sutil secreto,
donde jamás alcanzará el olvido,
en un mar de esperanza inmenso y quieto.

Nunca, nunca jamás, llegó á tu oído
un verso más hermoso, más discreto,
y es en mi alma oculta violeta
que perfuma mis horas de poeta.

Cuando pasas se mece en el ensueño
de llegar á tu oído levemente;
quiere volar hacia su dulce dueño,
en nuestras almas levantar un puente
de casto amor, con inocente empeño;
pero al mirar tu faz resplandeciente,
se funde en el candor de tu mirada. . . .
porque el verso eres tú, lo demás, nada!



FLORES Y JOYAS.

A Luis G. Urbina.

I

Bajo las sombras, Fausto medita,
Mefisto acecha con hondo celo;
y sueñan Siebel y Margarita
cosas azules, color de cielo.

Sobre la tierra, dormida y negra,
arden los astros resplandecientes.
Ni un eco solo la noche alegre;
duermen las aves, duermen las gentes.

Mas cuando apenas brilla la aurora,
Siebel, felice con sus amores,
recoge, ofrendas á la que adora,
de los jardines las frescas flores.

Fausto medita, pálido y yerto,
viendo las luces de la alborada
con ojos fijos, ojos de muerto,
sin fruto alguno de la velada.

Siebel en tanto cruza la reja,
en ramilletes las flores ata,
y en la ventana feliz las deja
en la penumbra que lo recata.

En humo negro, mancha del día,
Mefisto lento se desvanece,
la luz enciende la celosía
y Fausto llora cuando aparece.

Mientras el astro de la mañana
sus esplendentes rayos agita
sobre las flores y la ventana
que abre la mano de Margarita.

II

Mas que de Siebel las frescas flores,
ve la doncella cómo la incita
un cofrecillo de mil primores
con nombre y cifra de Margarita.

Tiembla suspensa; ¿cuál es aquella
ofrenda rara que brilla ufana?

Ruedan las flores y la doncella
cierra las puertas de su ventana. . . .

Presto se abren, y con los ojos
húmedos mira la ofrenda grave;
y ante los nuevos, duros antojos,
tiende la mano, tuerce la llave;

y un grito ahoga que la sorpresa
le arranca viendo que el cofre abierto
muestra las joyas de una princesa,
y el caso juzga la niña incierto.

Pero algo siente que al fin la apena;
¿qué sentimientos su pecho agitan?
Las pobres flores sobre la arena
empalidecen y se marchitan.

Duda, vacila, y á veces llora;
en otras ríe con el presente,
y toma el cofre que la enamora,
viendo las flores indiferente.

Lanzan las joyas vivo reflejo
entre las manos de la doncella
que, colocada frente al espejo,
se ve más rica si no más bella.

Y en los jardines, cuando atardece,
doble pareja la sombra aparta:

Fausto y la niña que se estremece,
y de Mefisto la vieja Marta.

III

Está la pobre mujer cubierta
de harapos sucios, en la sombría
cárcel inmunda, prisión abierta
por su verdugo: la fantasía.

Fausto de hinojos la solicita:
¡Vamos! Es tiempo. ¡Vamos! bien mio.
Pero la pobre de Margarita
cae de rodillas, tiembla de frío....

¡Ah! no encontrando refugio cierto
la dulce niña, desventurada,
su pensamiento mira cubierto
de sombras vanas como la nada.

Y su agotada razón perdida
clama de amores que acaso sueña,
y nombra á Fausto, se siente herida,
y como un cuerpo que se despeña.

¡Vamos!.... Mefisto dice violento,
le oye la niña y un grito lanza;
vuelve hasta el cielo su pensamiento,
bajo las alas de la esperanza;

y hacia lo eterno se precipita,
dejando el cuerpo de vida exbausto,
el alma pura de Margarita,
llamando á voces á ¡Fausto! ¡Fausto!

Y cuando le abre su puerta el cielo,
ve en los umbrales, frescas, lozanas,
todas las flores que con anhelo
Siebel juntaba por las mañanas.





¿AMOR?

Para Luis Moctezuma.

¿Qué es el amor?... pregunta tan extraña
no me hagas á mí. Nadie ha sabido
contestarla si no es muy al oído,
que su hálito fatal todo lo empaña.

Por él un tiempo se perdió la España;
por él Roldán, también, perdió el sentido;
y ha sembrado la muerte el fermento,
del palacio á la rústica cabaña.

¡Amor!... Cuando lo mires, tuerce el gesto;
sí te llegare á hablar, cierra la oreja
y reza aquello de *con Dios me acuesto*. . . .

Que ya verás, si llegas á ser vieja,
que Dios castiga sólo este pecado:
haber vivido sin haber amado.



SÍMBOLO.

Para Rafael Delgado.

Todas las almas como hostias puras
se alzan hacia Ti, símbolo eterno,
que flotas entre el cielo y el infierno
revestida de todas las blancuras.

En tu maternidad las criaturas
exhalan el perfume de lo tierno
que aún queda en el espíritu moderno
cuajado de astros, pero siempre á oscuras.

Y en el nombre del Hijo y el del Padre
se postra ante tus aras el creyente
lleno de fe y dulce confianza,

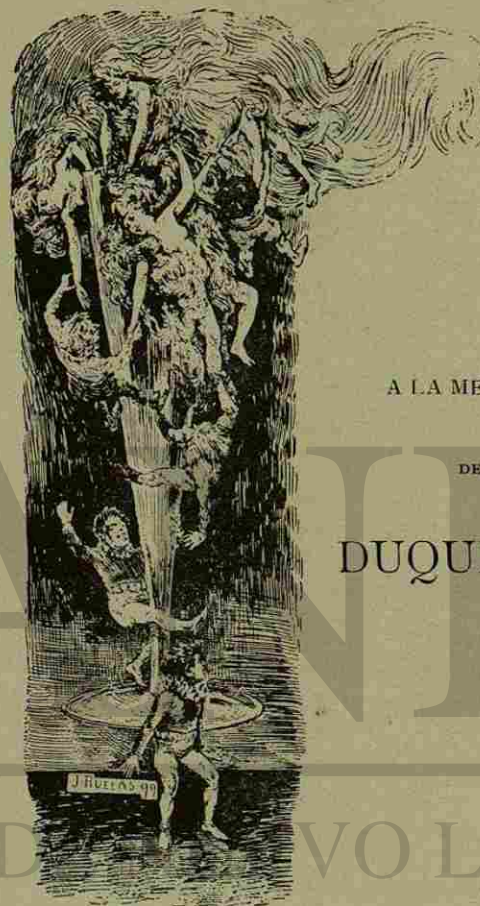
llamándote á la vez Virgen y Madre,
con ingenua emoción, vívida fuente
de pureza, de amor y de esperanza.



NIOBE.

Para Amado Nervo.

Es una tragedia—perdida—de Eskylo:
 En el campo yermo, triste y solitario,
 ha vaciado su arco rudo, Sagitario;
 y Niobe procura postrimer asilo
 sentada en la tumba de sus hijos muertos,
 callada, la testa por un velo oculta
 á los horizontes muy largos y abiertos,
 donde el Sol sus rayos trémulos sepulta.
 Sobre aquel sepulcro, trágica, callada,
 en los vespertinos fulgores inciertos,
 la madre está sola, muy sola, sentada,
 empollando, ¡oh dioses! á sus hijos muertos.



A LA MEMORIA

DEL

DUQUE JOB.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL DUQUE JOB.

Que el poeta genial vuelva risueño,
coronada de mirtos la cabeza,
á enflorar el altar de la Belleza,
él, del Arte una vez prócer y dueño.

Venga en las alas blancas del ensueño
y trueque en regocijo la tristeza
En pie la reina está; pase Su Alteza
y haga apacible su nublado ceño.

Á su paso las armas y la seda
alzan rumor de insólita armonía
que en los salones palpitante rueda.

Y en pie el poeta sus estrofas fia
al vario giro de la brisa leda.
Buckingham de la nueva poesía.



J. R.
1893.

PRELUDIO.

Para Jesús Urueta.

Cuando tomé tu mano entre la mía
y el rubor encendió tu rostro, y luego
mis labios puse en el botón de fuego
de tu boca hecha un cáliz de ambrosia;

cuando á la luz del moribundo día,
de la tarde en el lánguido sosiego,
sediento de placer, de amores ciego,
te estreché sobre el césped de la umbria;

bien miraste á las rosas sus botones
abrir calladamente; en el follaje,
la neblina colgando sus crespones
y la luna surgir entre el celaje,
mientras sonaba el toque de oraciones
como un adiós al comenzar el viaje.



NUPCIAL.

¡Oh noche azul de ráfagas de plata!
tú viste, coronada de luceros,
cómo en alas de céfiros ligeros
Puck levantó su dulce serenata.

Cómo rió con la vencida ingrata
y desgranó sus ósculos primeros
en la voz de cristal de los jilgueros
que como hilo de perlas se desata.

Cómo regó sus lágrimas preciosas,
sus lágrimas de amor, en raudo giro,
en los pétalos nuevos de las rosas;

cuando en el seno del nupcial retiro
exhalaste de tu alma tantas cosas,
al sentirte mujer, en un suspiro!



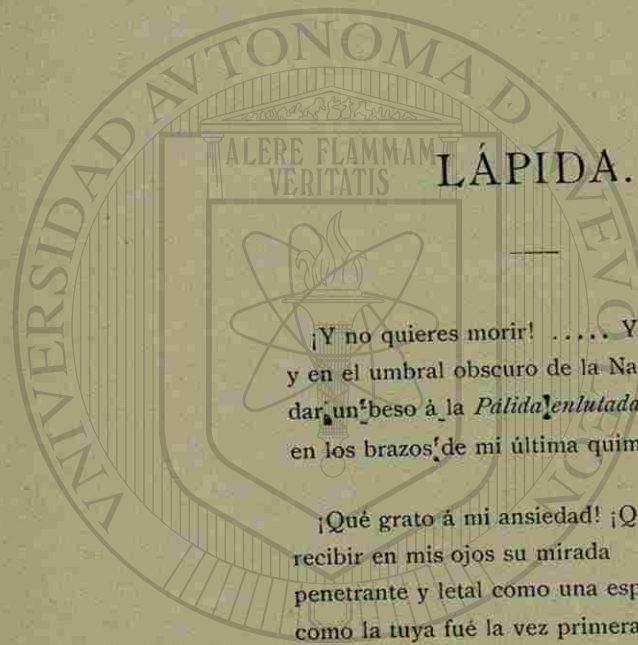
INTERMEZZO

¡Ay! Es inútil que mis versos lleves
como hojas secas en tu mente loca,
Los años nos cubrieron con sus nieves
y á nuestras puertas la Implacable toca.

En vano, en vano, tu memoria evoca
las horas de placer, gratas y breves,
en que apagaste estrofas en mi boca
en largos besos y suspiros leves.

Amor es como Abril: no quiere duelos,
se corona de mirtos y amapolas
bajo el azul radiante de los cielos.

Y libre ya de las revueltas olas
del mar de la existencia, entre los hielos,
yo me bebo mis lágrimas á solas.



LÁPIDA.

¡Y no quieres morir! Yo si quisiera,
y en el umbral obscuro de la Nada
dar un beso á la *Pálida* enlutada
en los brazos de mi última quimera.

¡Qué grato á mi ansiedad! ¡Qué grato fuera
recibir en mis ojos su mirada
penetrante y letal como una espada,
como la tuya fué la vez primera!

Hasta las heces apuré la vida
sobre tu carne escultural, de suerte
que sólo guardo una ilusión querida,

más grande que el amor, mucho más fuerte:
la de encontrar la calma apetecida
en mis nupcias solemnes con la Muerte!



J.R.
1906

TRANSMIGRACION.

Para Efrén Rebolledo.

Es la niña buena y pura.
Al pasar por el sendero,
por huir la ramazón,
va encorvando la cintura
y palpítale ligero,
intranquilo, el corazón.

¿Qué presiente la inocente?
La inocente mira inquieta,
con zozobra en derredor,
no comprende lo que siente;
el sinsonte, su poeta,
enmudece de dolor.

Ella ha visto en el sendero,
pensativo y solitario,

personaje de canción,
un galante caballero;
y apretando su rosario
deja trunca la oración.

Es, sin duda, el que ella espera;
en sus noches le ha soñado
encendida de rubor.
Recorriendo la pradera
anhelosa lo ha mirado,
mensajero del amor.

¿Del amor? ... Qué sabe ella?
¿Es el príncipe del cuento? ...
¿Hecho carne el ideal?
¿Quién coger puede una estrella?
¿De su abuela es un comentario?
¿Un destello en un cristal?

Y percibe una fragancia
que le llega de muy lejos,
á través del ancho mar:
el perfume de su infancia
que aspiraron sus dos viejos
en el seno del hogar.

Padre! Madre! dice, y llora
su tristeza y abandono
en la inmensa soledad;

y sus lágrimas la aurora
va regando sobre el trono
de su propia claridad.

Y á los pétalos abiertos
baja el sol para beberlas
más veloz que el huracán;
y los númenes despiertos
aquel llanto juzgan perlas
de Golconda, con afán.

Ve otra vez en el sendero,
en ensueño que persiste
á través de un nuevo Edén,
al galante caballero
que se acerca solo y triste ...
y le dice: *el paso tén.*

Á sus ojos sorprendidos,
muy abiertos, muy abiertos,
está el tímido doncel;
y se miran confundidos
como dos seres inciertos
del capricho de un pincel.

Pero es cierto, aquellos ojos
que la miran á hurtadillas,
mas con mágico poder;
los jazmines vuelven rojos

de sus pálidas mejillas,
y se vuelve á estremecer.

Es el mismo, el mismo, el mismo;
el que mira cuando cierra
las pestañas al dormir,
y en extraño paroxismo
le parece que la tierra
se hunde en torno, y va á morir.

Cómo espande la campiña,
son las flores ornamento
de la tierra; al cielo azul
su mirada alza la niña
y en secreto pensamiento
al doncel habla de tú.

Es verdad; en el sendero
que cruzaron de otro mundo,
de otra bóveda de azur,
era él su compañero,
lo recuerda con profundo
bienestar y beatitud.

Y su pristino recuerdo
flota lejos, muy distante,
esfumándose en un tul
de oro y rosa; mas de acuerdo
con suave acento tierno
claman ambos: ¿eres tú?

Ellos son. Lo han conocido
en el fondo de sus ojos;
ese fondo de quietud,
donde flota obscurecido,
en un seno de despojos,
destrozado, un ataúd!





A ERNESTO ELORDUY

Entre el placer y el arte dividiste
las horas de tu vida caprichosa,
y eres en la música una cosa
profunda y alta y jovial y triste.

Las desdichas humanas siempre viste
al través de una lente luminosa.
Amaste la mujer porque era hermosa,
y el arte amaste porque era triste.

Un ramillete con amor hiciste
de las notas ocultas, fácil dueño,
con empeñoso afán, jovial y triste;
y aspirando su olor, feliz viviste,
bajo la vid frondosa del ensueño.



JUAREZ.

No era un acto patriótico, era humano;
la civilización es infinita;
y Juárez señalaba con la mano
la tumba que devora y resucita.
La humanidad, por la difícil senda
del Bien y del Amor, tuvo en el alma
aliento al fin para arrancar la venda
y abrir los ojos y ceñir la palma.
La palma del martirio que transforma
en triunfador al siervo que se agita
cual germen en el Cosmos. ... ¡La Reforma!
La civilización es infinita.



A ERNESTO ELORDUY

Entre el placer y el arte dividiste
las horas de tu vida caprichosa,
y eres en la música una cosa
profunda y alta y jovial y triste.

Las desdichas humanas siempre viste
al través de una lente luminosa.
Amaste la mujer porque era hermosa,
y el arte amaste porque era triste.

Un ramillete con amor hiciste
de las notas ocultas, fácil dueño,
con empeñoso afán, jovial y triste;
y aspirando su olor, feliz viviste,
bajo la vid frondosa del ensueño.



JUAREZ.

No era un acto patriótico, era humano;
la civilización es infinita;
y Juárez señalaba con la mano
la tumba que devora y resucita.
La humanidad, por la difícil senda
del Bien y del Amor, tuvo en el alma
aliento al fin para arrancar la venda
y abrir los ojos y ceñir la palma.
La palma del martirio que transforma
en triunfador al siervo que se agita
cual germen en el Cosmos. ... ¡La Reforma!
La civilización es infinita.

¿Dónde estaba Jesús? No era en el templo.
Surcaba sin rumor el Tiberiades,
y en onda inmóvil su divino ejemplo
era sombra á través de las Edades.
¿Era fe la mentira? ¿Luz la sombra?
¿Un dolor el placer? ¿Virtud el vicio?
Oh! Dios! quien te conoce no te nombra
si á tí no se alza en duro sacrificio.
Y surgió el Bien con el amor eterno
de un estancado mar de odio y maldades;
y se vió que Jesús, sobre el Infierno,
surcaba sin rumor el Tiberiades.

Y vino la traición, ¡con qué perfidia!
y alzóse la República, ¡qué gloria!
y fué la roja sangre de esa lidia
la tinta de las hojas de esa historia.
El dolor nunca vence ni quebranta
si sopla el Ideal sobre la frente;
la libertad! la libertad es santa!
si pasa como Dios de gente en gente.
Remembranzas de mártires soldados
que ilumináis así nuestra memoria,
triunfásteis al morir, inmaculados,
y alzóse la República, ¡qué gloria!

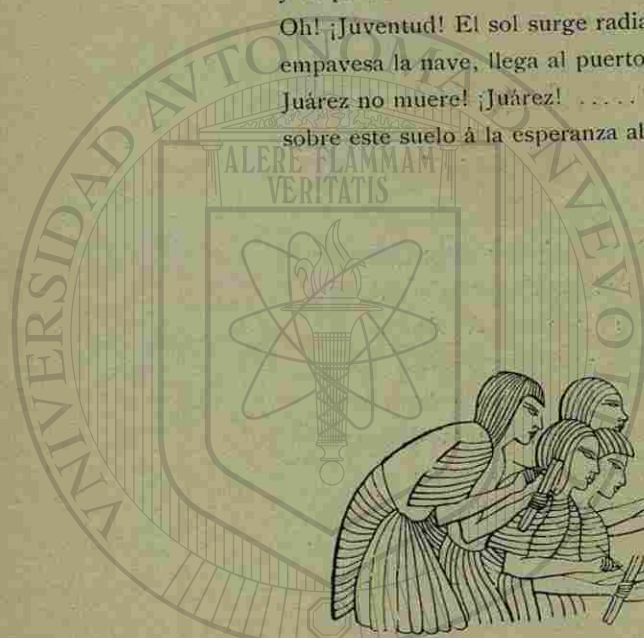
¡Citar un episodio, diez ó ciento!
Que pulse aquí su lira el infinito
Hay un orgullo enorme, el pensamiento,

y no alcanza á pensar lo que está escrito.
¡Vencer á vencedores de Magenta!
¡Cruzar las bayonetas con los Zuavos!
Dió Zaragoza afrenta por afrenta
y vió el mundo luchar bravos con bravos.
¡Oh madre intelectual, excelsa Francia!
Era de nuestras águilas el grito
voz de justicia, nunca de arrogancia;
que pulse aquí su lira el infinito.

El suelo se agrietaba, eran hostiles
hasta las piedras mismas del camino;
se doblaban las testas más viriles
bajo el adusto ceño del destino.
Mas cuando agujereada por las balas
flotó en Chihuahua, rota, la bandera
en manos del indígena, las alas
tendió de nuevo el águila altanera;
de la tierra los púgiles brotaron,
llegó hasta el corazón sopro divino;
y á la voz de ¡República! se alzaron
hasta las piedras mismas del camino.

Bajo el cielo del Norte, sin reposo,
sobre este suelo á la esperanza abierto,
¡qué uniforme en la historia más glorioso
que el frac de don Benito en el desierto.

¿Ois? No es el cañón el que resuena,
es la férrea y veloz locomotora
que los mercados con su voz atruena
y su penacho tiñe con la aurora.
Oh! ¡Juventud! El sol surge radiante;
empavesa la nave, llega al puerto.
Juárez no muere! ¡Juárez! y adelante
sobre este suelo á la esperanza abierto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IN MEMORIAM

A D. Joaquín Redo.

Apuraste la dicha, poco á poco,
en artistica copa cincelada
por el trabajo y el amor. En nada
perturbó tu conciencia turbión loco

de pasión, encontrándote en el foco
de la nueva existencia disipada;
y no te vió la turba empecatada
ni delinquir, ni vacilar tampoco.

En el regazo vil de la miseria
fué manantial de caridad tu mano;
y de este mundo por la vana feria,

pasó tu sombra así, riente ó seria,
como por Israel pasó el cristiano:
espiritualizando la materia.



HEROICA.

A Juan Díaz Covarrubias.

En el retiro de San Pedro
(adonde sueña el alto cedro
sobre las ramas del saúz,
desmadejadas por la inquieta,
doliente musa de un poeta,
en una tumba y una cruz)

surge en las noches un efebo.

Entre las manos, descordada
lleva la lira de la Nada;
y suena en torno un ritmo nuevo
de melancólica ternura,
cuando en la fúnebre espesura
surge en las noches el efebo.

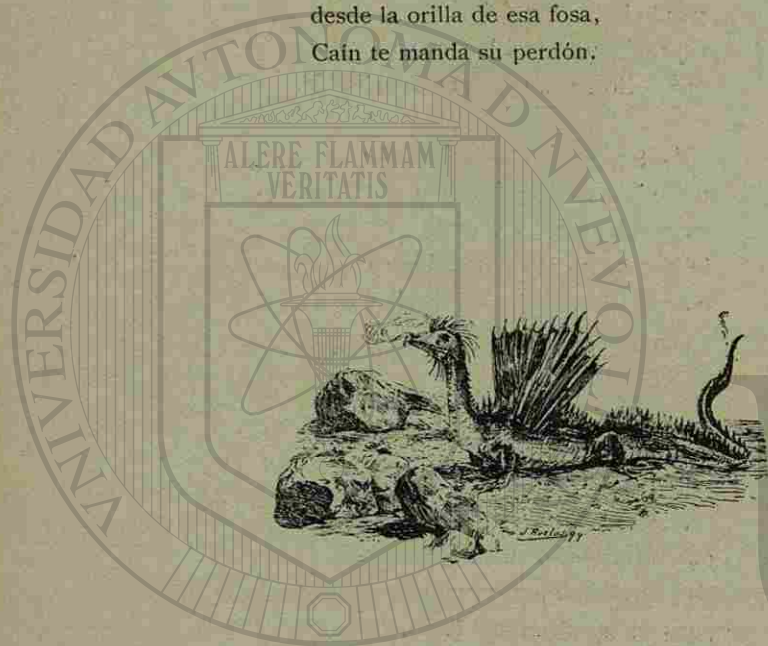
Abrió en su pecho enorme herida
que mana sangre, gota á gota
sobre la negra lira rota,
la infame espada fratricida;
y ante la sombra del efebo
pasa, sin armas, el longevo
que abrió en su pecho enorme herida.

La patria misma al inhumano
quitó la espada de la mano
cuando era prócer varonil;
le hizo un grillete con el hierro
que arrastra, vuelto del destierro,
como su crótalo el reptil.

Nunca á sus sienes el olvido
pudo ceñir su adormidera.
Á cada nueva primavera,
es, como fiera perseguido,
por el recuerdo, en su espelunca
La adormidera nunca, nunca,
puso en sus sienes el olvido.

Abril entreabre sus botones
en el fatal aniversario
y gime y treme el victimario
con las sangrientas maldiciones
que lleva el viento, cuando zumba
sobre la tierra de la tumba,
donde se abren los botones.

Allí sus lágrimas derrama,
allí se enciende con la llama
del heroísmo, la Nación;
y del martirio victoriosa,
desde la orilla de esa fosa,
Caín te manda su perdón;



A UN AMIGO

Para Germán Gedovius.

¿Y puedes tú creer que mi humilde
soledad no es bastante para un hombre
que no pretende eternizar su nombre
en medio de la vida borrascosa?

Vivo feliz al lado de mi esposa
que es buena y complaciente, no te asombre;
sin enemigo que mi senda alfombré
de espinas ó maleza venenosa.

Murmurando en la exúbera pradera
mi sed apagan limpios arroyuelos;
me ve mi tienda levantar doquiera

el bosque rico en caza; y sin desvelos,
rueda á mis plantas la terrestre esfera
en el azul inmenso de los cielos.



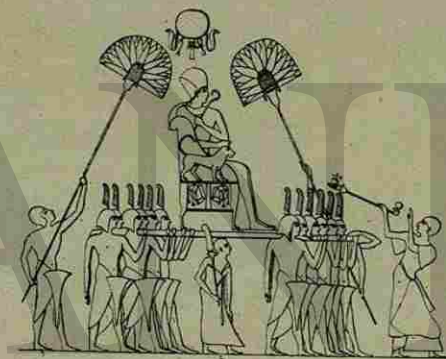
AL ESCULTOR JESUS F. CONTRERAS

Fué tu vida una flor; al Arte apenas
llegó el incienso de su regio aroma;
y eras como un vástago de Roma,
bajo los blancos pórticos de Atenas.

Tumultuaba la sangre de tus venas
la inmensa aspiración; y cual paloma
que herida va por la escarpada loma,
caíste al fin sobre tus propias penas.

No desaparecerá jamás el duelo
de tu ausencia, en las almas; y mañana
un monumento en tu nativo suelo,

bajo la luz que en iris se desgrana,
mostrará, con su índice en el cielo,
tu inmensa aspiración, bella y humana.





EL REY NEGRO

A Julio Ruelas.

Heroico, al invasor mantiene a raya,
la fe en su raza y en su dios le alienta;
y en cráneos rotos su poder sustenta,
contra el Lebel, blandiendo la azagaya.

112

Mira tornarse el sino. No desmaya.
Yérguese en el fragor de la tormenta;
mas la derrota hiérele y afrenta,
y es prisionero en extranjera playa.

Sin amores, sin dios; si el mar su grito
alza en la tempestad, ó duerme en calma,
besando los cantiles de granito;

busca, siempre, la sombra de la palma,
y ve en su soledad, de hito en hito,
la noche de su cuerpo y de su alma!



113



ESCUCHA!...

A Joaquín D. Casasús.

Escucha!....

Suenan cantos,
notas y versos llenan la extensión;
alumbra el nuevo día
los oros y las sedas del salón.
¿Es de placer la orgía?....

¡Tedio!.... Monotonía!

Es de Byron la triste exclamación).

Escucha!....

Suenan tiros,
disparos de fusil y de cañón;
alumbra el nuevo día
al trémulo vencido, sin pendón.
¿Es de sangre la orgía?....

¡Tedio!.... Monotonía!

(Es de la multitud la exclamación).

Escucha!....

Martillea

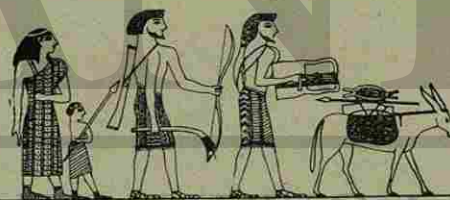
sobre el yunque el afán trabajador;
alumbra el nuevo día
lucha implacable, esfuerzos y sudor.
¿Es de hambre la orgía?....

¡Tedio!.... Monotonía!

(De la vida es la dura exclamación!)

.....

Ante mis ojos desfilan he visto
toda la raza humana, desde Adán,
vino y amor, pidiendo, sangre ó pan....
Sólo entreví una vez á Jesucristo,
pero tras de sus huellas nunca van!





EL GRAN GALEOTO

A Manuel González, hijo.

Con látigos de lengua nos azotan
y la difamación á fuego lento
nos quema el corazón y el pensamiento,
y á nuestro paso las calumnias brotan.

Nubes de cieno se alzan y alborotan
y escupen hacia el cielo con violento
afán de sujetarnos al tormento
de morir en el aire donde flotan.

Como una tempestad todo la arrasa
la vil maledicencia de las gentes
que sus infamias, miserias, celebran
con gracejo brutal; ¡oh! Pasa, pasa,
viparina calumnia, que tus dientes
en el cristal de la virtud se quiebran.



MAXIMILIANO

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Tú eras blanco y bello,
tu barba era un destello
de aquel de Carlos V esplendoroso sol.
El indio feo y triste; pero es la levadura
de mi patria (que sueño en la celeste altura
vertiendo entre los hombres la civilización).

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Tú eras vaso lleno
de amor, y eras bueno;
pero venias traído por impulso invasor.
Tengo amigos poetas que aman las tiranías

cubiertas de brocados; yo no: las gemonias
llenas, cual las palestras, de genio y de valor.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Tú eras alto ejemplo
de los tronos y el templo;
y, sin embargo, fuiste un gran usurpador.
Y Juárez, un salvaje, un cafre, un hotentote. . . .
¿decís? . . . Ah! de Cuauhtémoc sublime vengador.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Con el cetro en la mano
heriste al mexicano,
fuiste instrumento ciego en manos del traidor;
pudiste ser un púgil de amor y poesía,
y fuiste sombra efímera de la gran tiranía,
puñal de un homicida, falso Napoleón.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Del bosque en el sendero
la voz del guerrillero

no habló a tu ser de artista y hombre de pundonor;
y leño sin objeto que sobre el ponto flota,
piedad nunca tuviste de la misma Carlota,
que se fué a la locura por donde nace el sol.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Carducci te ha cantado,
y con su verso alado

te llenó de esplendores con alma inspiración;
pero tú serás siempre, en todo y para todo,
una perla, por gusto, sumergida en el lodo
del odio, la perfidia, el dolo y la traición.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Cuando con resonante
prora fuiste adelante,
tras de las áureas huellas de Cristobal Colón,
el Atlántico inmenso con fragor te decía:
hoy no llevo en mis hombros la histórica hidalguía,
eres un engañado del mundo y la ambición.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

No estimaste el incierto
vagar por el desierto
de Juárez, duro bronce de antigua fundición;
parece que querían, de tu raza, los hados,
purgar en ti, de Hapsburgo, pretéritos pecados,
como algo en Antonieta la gran Revolución.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

¿Que el águila del Norte,
rotos tu cetro y corte,

vendrá sobre nosotros en brutal agresión? . . .

Hay alma en nuestros cuerpos,
hay sangre en nuestras venas;
en nuestro propio escudo morimos, como Atenas;
desde el cuarenta y siete bien lo sabe el sajón.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Te miro en las Campanas,
al són de las dianas
que cantaron tu muerte, bajo el indiano sol;
y al mirarte hecho un mártir inútil, sin objeto,
siento en el alma-patria un malestar secreto,
lamento tu destino con honda compasión

Y amo la república, ¡oh blondo Emperador!



A ELLA.

Para Francisco M. Olaguibel.

¿Que no me amas ya? En tu mira da
miro vibrar aún la pasión roja
que te empujó á mis brazos como hoja
por el viento en los surcos arrojada.

¿Que no crees en mí, ni esperas nada?
¿que hasta el recuerdo de mi amor te enoja?
Ah! ¿por qué entonces tu mejilla moja
el cristal de esa lágrima callada?

Hay un rumor interno que en tu mismo
corazón se desgrana en cantos, risas,
besos, estrofas de ágil *ritornello*,

si como Satanás te hurgo al abismo
en rachas de huracán, ó si en las brisas
como un arcángel te levanto al cielo!

Hay alma en nuestros cuerpos,
hay sangre en nuestras venas;
en nuestro propio escudo morimos, como Atenas;
desde el cuarenta y siete bien lo sabe el sajón.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

Te miro en las Campanas,
al són de las dianas
que cantaron tu muerte, bajo el indiano sol;
y al mirarte hecho un mártir inútil, sin objeto,
siento en el alma-patria un malestar secreto,
lamento tu destino con honda compasión

Y amo la república, ¡oh blondo Emperador!



A ELLA.

Para Francisco M. Olaguibel.

¿Que no me amas ya? En tu mira da
miro vibrar aún la pasión roja
que te empujó á mis brazos como hoja
por el viento en los surcos arrojada.

¿Que no crees en mí, ni esperas nada?
¿que hasta el recuerdo de mi amor te enoja?
Ah! ¿por qué entonces tu mejilla moja
el cristal de esa lágrima callada?

Hay un rumor interno que en tu mismo
corazón se desgrana en cantos, risas,
besos, estrofas de ágil *ritornello*,

si como Satanás te hurgo al abismo
en rachas de huracán, ó si en las brisas
como un arcángel te levanto al cielo!



J.R.
1923

ERÓTICA

A Rubén M. Campos.

La noche avanza. Sirio en la bruma
arde y difunde vago pavor;
y de los mares, sobre la espuma,
llueve la luna tenue fulgor.

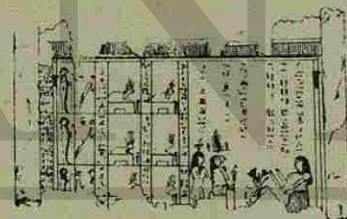
Duermen las aves en el follaje
que insomne lanza débil rumor;
y de su lecho, sobre el encaje,
más que una estrella brilla mi amor.

Ella es muy rubia ... como una espiga;
y de los astros tiene el temblor:
es que durmiendo sueña mi amiga,
sueña en mis brazos; y en su candor,

sueña en mis brazos: lazos, no brazos,
que ya se tienden á su claror
de estrella bella; sueña en los lazos
que aprisionaran su cuerpo en flor.

La noche avanza. Treme la aurora,
ruborizada por el clamor
que en el follaje, turba canora,
alzan las aves cantando ¡amor! ...

Y de su lecho, sobre el encaje,
como en el cielo, brota un albor:
ya sus pestañas no son celaje
de sus miradas: ¡mirala, Amor!



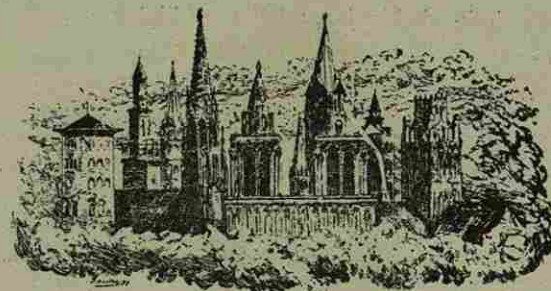


HIPÓCRITAS.

A Enrique G. Mackintosh.

Cuando miro esos seres
(entre ellos abundan las mujeres)
creer con rezos escalar el cielo,
el gozo cae al pozo, ó es un duelo.

Si son cristianos,
hagan la caridad á entrambas manos;
si no lo son,
que supriman la fe por compasión.



LAS TORRES.

A José María Luján.

Me entusiasman las torres, esbeltas y orgullosas,
porque alzan al cielo sobre todas las cosas;
porque abrigan, feudales, la voz de las campanas
que entristece las tardes y alegra las mañanas;
porque sobre los techos que remueve el Cojuelo,
índices me parecen que señalan al cielo
y repícan y doblan con resonante nota;
cantan la venturanza ó lloran la derrota;
anuncian los incendios; y en instantes fatales,
como las plañideras de viejos funerales,
gimen y gritan, llaman al pueblo á la oración
y tienen pensamientos y tienen corazón!

Oh torres y pirámides de todos los apriscos!
os amo como amo también los obeliscos;

os admiro de hinojos, mi alma os idolatra:
el egregio de Lucsor, la aguja de Cleopatra.
Yo sueño en una tierra de santa poesía
con su Menfis, su Tebas, su gaya Alejandria;
y vislumbro en mis sueños, con profunda emoción,
el atalaya griego que espera á Agamemnón.

Oigo al *muezín* que anuncia las horas misteriosas
en el silencio enorme de almas y de cosas;
y veo los minarettes, altivos y gentiles,
como tallos exóticos de secretos Abriles,
ceñidos por el bosque de verdes sicomoros.
Las clásicas columnas de los antiguos foros.
Y al paso de la heroica, triunfante procesión,
oigo sonar el bronce de la antigua legión.

Las vírgenes invocan postradas en el suelo,
mientras las flechas crugén erguidas en el cielo,
contestando al graznido de las aves nocturnas
que se aman en los nichos y anidan en las urnas
y desatan siniestras el satánico broche
de su lúgubre canto, en medio de la noche,
bajando entre las sombras, con pavoroso són,
á posarse en las cruces del roto panteón.

Oh! torres! como estelas de todas las edades,
sois las señales únicas de aquestas soledades
que cruza el hombre efímero, doliente y errabundo,
(sonámbulo del cielo y beodo del mundo),
levantando á lo ignoto (artística oblación)
las torres como emblema de su fe y su oración.



LUZBEL.

A Fernando González.

Yo le miré. La noche que le envolvía
me lo mostró en su seno, como á mi antojo;
su mirar era triste, nunca de enojo,
y llevaba en la frente fulgor de día.

Á su paso la sombra resplandecía
con metálicos toques de negro y rojo;
apenas avanzaba con vuelo flojo,
y á veces en sus alas se recogía.

¿Á dónde iba el rebelde, con marcha incierta,
empapado en el llanto de aquella noche,
y apagando los astros del almo coro?

Cayó en brazos de Febo la Aurora muerta,
roto de su pureza pristina el broche,
y él se fundió en el Ether en lluvia de oro.



MELANCOLÍA.

A Manuel Puga y Acal.

Me gusta ver surgir la luna llena
en una noche límpida y serena.
Olvido el sol y todo su cortejo;
pero al mirarme viejo,
levanto al cielo la cabeza cana,
y digo: Luna, ¿te veré mañana?



EN LA CENA DE SAN SILVESTRE.

Para el Doctor José Ramos.

¿Ves esas flores que su gala ostentan,
en medio de la mesa del festín,
y su perfume en el ambiente avientan,
transformando la mesa en un jardín?

Así mi corazón, lleno de gozo,
siempre puro, gentil, amante y tierno,
revienta en flores, con un tiempo hermoso,
lo mismo en primavera que en invierno.

Todo en redor, en cambio, se envejece;
los ojos están tristes y sin brillo;
los semblantes, también empalidecen,
y tiembla, entre las manos, el cuchillo.

Oh, ¿qué terror insólito os arredra
al saludar así el nuevo año?
¿el convidado acá, viene, de piedra,
ó esperáis del destino ignoto daño? . . .

Es que la juventud se va, se pierde
del tiempo en la vorágine sombría,
y la tarde, en su veste de oro y verde,
nos va anunciando el término del día.

Y bien! qué fuga de la luz! los montes
yerguen y tiñen la nevada cumbre;
y arden, rojos, los anchos horizontes
en pira inmensa de fulgente lumbre.

En púrpura se emboza el sol que muere;
y oculto ya, detrás de la montaña,
manda aún su fulgor de rosa leve
al ligero celaje que se empaña.

Es un triunfo su muerte. Así nosotros
hagamos en la meta de la vida. . . .
Nuestra conciencia es la victoria, otros
lloren aquí la juventud perdida.

Encubre bajo el ala la cabeza
el ave cabe su caliente nido;
y allí empieza á soñar en la belleza
del prado, entre las abras escondido.

¿No miras cómo brotan las estrellas
en la clámide negra de la noche?
¿Veis en el lago las ebúrneas huellas,
que ya la luna desató su broche?

La vida tiene un fin: el de ser buenos.
Juntos cruzamos el acervo humano
los labios, de consuelos siempre llenos,
de caricias y pan llena la mano.

La muerte, la existencia jamás trunca;
en el Orbe la vida no termina;
el sol se ausenta, no se apaga nunca,
ni se detiene, no, siempre camina.

Cuando durmamos el eterno sueño,
bajo la madre tierra cariñosa,
vereis cómo ella, en su constante empeño,
hace la tierra de la tumba hermosa.

Oh! Amada, nos espera nueva palma.
Si al festín no acudiéramos un día—
es la Naturaleza buena y pia:—
entre las flores volverá tu alma,
entre las flores volverá la mía!



A BERNARDO COUTO CASTILLO.

Eras un blanco serafín caído
en la charca del mundo
en medio del turbión entenebrido.

De la existencia en el brutal exceso
con anhelo profundo
pedistes á la Muerte un tierno beso.

Encunándote aquella, entre sus brazos,
puso su boca en tu ardorosa boca;
mas como mata todo cuanto toca,
haciendo así mi corazón pedazos,
abrió inclemente fosa repentina
al cantor de Pierrot y Colombina!



¿ANHELO?

A Manuel Acuña.

¿Qué buscan esas almas
que claman ó que rugen
sobre las negras ondas
de la verdad en pos?
¿Que así las alas tienden
cuando las naves crugen,
neblis de lo infinito
sin ideal ni dios?

Oh! viejo Hugo inmenso,
bajo tus plantas mira
las nubes tempestuosas
cuál vienen y cuál van.

Ah! cómo gime el bronce
sagrado de la lira
al golpe de los vientos
del lívido huracán.

Tú no dudaste nunca.
Tu roca solitaria
al mar oyó en sus flancos
bramar de indignación
cuando de pie en la roca,
después de la plegaria,
lanzastes á los malos
la eterna maldición.

Paris y Viena y Roma
temblaron á tu acento,
tu voz era la misma
del alto Sinai;
el paracleto fuiste
del nuevo pensamiento,
y sólo para el malo
el tétrico neblí.

Hay un cincel siniestro
que en las conciencias labra
mil monstruos y quimeras
(satánica labor).
¿Á dónde están tu fuerza,
tu ejemplo, tu palabra,

oh! padre del castigo,
oh! padre del amor?

.....
.....

Aquí ya no se ama,
aquí ya no se piensa,
y ya no tiene flores
de Siebel el jardín;
el egoísmo triunfa;
la noche ha sido inmensa,
tempestuosa, trágica,
sin astros y sin fin.

Oh, padre! Entre las sombras
te miro y te venero;
tú eres la fuente única;
y al cabo brotará
de tus estrofas—astros—
el mágico trovero
que en ánforas de oro
el ritmo verterá.



AL NIÑO MORELOS GONZÁLEZ.

Si al de Cuautla mostraras (tan remonino)
tu talento y tu gracia tan naturales;
hiciera un manto heroico de tus pañales,
y lo echara á tus hombros como un destino.

Barriera las agruras de tu camino
y el mismo condujérate á los umbrales
del templo de la Fama, y en los Anales
de la patria serías casi divino.

Llevas en tus miradas la dura hoja
que en las revueltas lides blandió tu abuelo
cubierta de laureles y sangre roja;

y entre todas las almas, flor de consuelo,
tu preciosa presencia, como que arroja
una dicha inefable color de cielo.



EN LA SOMBRA.

A Santiago Argüello, de Nicaragua

Con su triste cortejo de tinieblas
huye la noche, y la gentil aurora,
bajo su blanco pabellón de nieblas
despertando, en su lecho se incorpora.

El rubor de su cándido semblante
enrojece la nieve de la cumbre,
y el oro de sus trenzas un instante
se torna en tenue, fugitiva lumbre.

Un punto fija con amante empeño
sus ojos en el genio de la sombra,
que se disipa como vago ensueño,
muriéndose de amor cuando la nombra.

Llora la virgen la ilusión fugace
que así destroza el desengaño impío,
y cuando el sol en el Oriente nace
sus lágrimas se bebe en el rocío.

Entre el vivo fulgor, en vario coro,
las aves cantan en las verdes frondas,
y se decoran con reflejos de oro
los encajes de espuma de las ondas.

Todo canta en redor, todo saluda
á la esplendente majestad del día;
sólo mi alma permanece muda
y á la ausente sus lágrimas envía. . . .

Yo amo la noche y su silencio augusto;
su imagen surge entre las sombras; puedo,
alborozado mi semblante adusto,
hablarte de mi amor, quedo, muy quedo.

Y en el favonio alígero que gime
de amor, entre el follaje ennegrecido,
enviar, como en un éxtasis sublime,
el rumor de mis besos á tu oído.

Oh! vuelve, vuelve, generosa amiga,
apaga el sol en el azul del cielo,
ya que el destino pérfido me obliga
entre tus sombras á ocultar mi duelo.



HOMENAJE.

Al maestro Julián Carrillo.

Al frente de la orquesta, en el proscenio,
en la onda de fraques y de encajes,
al desatar del mar los oleajes,
no eres un hombre ya, eres un genio!

La musa, presurosa á tu llamado,
lanza hacia ti sus rápidos corceles;
y á tus pies arrojando sus laureles,
con sus mirtos te deja coronado.

Tú, irónico, sin dolos y sin quejas,
como en el prado placentera brisa,
dulcemente le envías tu sonrisa
Son cosas muy crueles, pero viejas.

Yo que la nueva música idolatro,
al mirar cómo un público exigente,
crema de lo escogido de la gente,
te aclama, enloquecido, en el teatro,

con mis lágrimas todas en los ojos,
al ver cómo dominas á la bestia,
recuerdo tu valer y tu modestia,
y de tu vida todos los abrojos.



¿TE ACUERDAS?

A mi mujer.

El sol en el blanco pico
que finge erupción de gualda
y la brisa un abanico,
la pradera una esmeralda;

á la orilla de un riachuelo
que perenne canto entona,
decora una casa el suelo
y una colina corona.

Á la puerta, enorme perro
hace de fiero guardián
y por la falda del cerro
las reses vienen y van.

Yo que la nueva música idolatro,
al mirar cómo un público exigente,
crema de lo escogido de la gente,
te aclama, enloquecido, en el teatro,

con mis lágrimas todas en los ojos,
al ver cómo dominas á la bestia,
recuerdo tu valer y tu modestia,
y de tu vida todos los abrojos.



¿TE ACUERDAS?

A mi mujer.

El sol en el blanco pico
que finge erupción de gualda
y la brisa un abanico,
la pradera una esmeralda;

á la orilla de un riachuelo
que perenne canto entona,
decora una casa el suelo
y una colina corona.

Á la puerta, enorme perro
hace de fiero guardián
y por la falda del cerro
las reses vienen y van.

El toro lanza un bramido,
mezcla de reto y reclamo,
y al apagarse, de un nido
parece oirse: *te amo*.

El follaje da, al soplar
manso viento pasajero,
del monólogo del mar
un remedo casi entero.

Y las aves en bandadas
de innumerables colores,
son banderas desplegadas
de misteriosos señores.

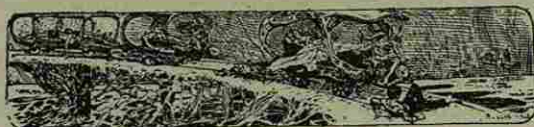
El sol la tierra caldea,
dobla su tallo la rosa
y sus alitas menea
cansada la mariposa.

Se oye el canto de un zagal
que renombra á su zagala,
el zumbido de un panal
ó el trabajar de una pala.

Huele á tierra removida,
á tomillo y á verbena;
y por la senda escondida,
tu paso se alza y suena.

¿Te acuerdas? . . . De la mansión
con nuestros hijos enanos
y uno mismo el corazón,
éramos los castellanos.





EN LA COSTA.

A Alberto Ituarte.

Entre el ramaje de mi bohío,
bajo una parra,
canta incansable todo el estío
una cigarra.

Gaya doncella
prepara alegre frugal comida,
escucha ella
la voz aquella
y canta, canta toda la vida.

Cuando regreso de mis labores,
la azada al hombro,
y miro abiertas todas las flores,
siempre me asombro

de aquellos seres tan bulliciosos y tan alegres;
de mis fatigas huyen las fiebres,
sonríe, en tanto.
me uno á ellos. Y también canto!





POR EL PACÍFICO.

A Don Celso González.

La onda negra se corona ufana
de niveas perlas al amor del viento;
y en ráfagas de ópalo y de grana,
tiñese por Oriente el firmamento.

Tímida huyó la noche presurosa,
sus crespones se pliegan á Occidente,
y con sus dedos de jazmin y rosa
abre Aurora á la luz el Continente.

Se mueve el mar en su extensión inmensa,
besando las escarpas de la orilla;
y el vapor de agua en gotas se condensa
en el follaje que murmura y brilla.

Produce un ruido de crugir de raso
el viento entre los verdes abanicos
de las altas palmeras, y al Ocaso
colórase la nieve de los picos.

Entonces es el mar cratera de oro,
únese espectralmente con el cielo;
y de las olas al confuso coro,
sobre la cumbre el sol levanta el vuelo.

Hay éxtasis en toda la Natura,
solloza ó canta el mar estremecido,
se oye rumor de besos en la altura
y parecen volver los que se han ido.

Su diadema de nieve la montaña
en diamantes deshace en las laderas,
ansiosa Flora en su frescor se baña,
erecto el pecho, curvas las caderas.

Siguiendo alborozada la corriente
baja tendiendo las abiertas manos,
llevada sobre el rápido torrente,
por la barranca á los vecinos llanos.

Al bordear el bosque, por la falda
del monte, extiende en la corriente lenta
sus miembros sonrosados; y de espalda,
en el agua, hacia el sol, mira contenta.

Y al separarse del pinar sombrío,
sin sozobra, ni pena, ni fatiga,
encuadra el cauce del sereno río
en grandes lienzos de madura espiga;

y penetra, sonriéndose, en los valles
bajo del fresco platanar, que cubre
á los cafetos que en estrechas calles,
su fruto encienden bajo el sol de Octubre.

El manglar la saluda, cariñoso,
y el naranjo la suelta cabellera
le perfuma al pasar, y en el sabroso
chirimoyo su miel deja certera.

Se pierde en los ancones que la caña
atruena con el ruido de sus hojas,
y alrededor de la feliz cabaña
guirnalda tiende de amapolas rojas.

Sorteando los plácidos alcores,
viste á la enhiesta roca del esporo;
y, policroma, cúbrelos de flores
donde brillan los élitros de oro.

Penetra en el jardín del potentado
como en el baile penetrara Ofelia;
y en el jarrón de mármol cincelado
yergue feliz la azálea ó la camelia.

Y así llega, siguiendo su camino
á la aridez batida por la ola,
mientras cumpliendo su fatal destino
corre hacia el mar abandonada y sola.

¡Oh, diosa de la verde vestidura,
que corres por los valles y los montes;
y cubres, á la luz brillante y pura,
de esmeralda los anchos horizontes!

Un término fatal marca á tu anhelo
la nieve deslumbrante de la cumbre
que entre las gasas de combado cielo,
recibe el beso de la excelsa lumbre;

otro fatal también, el Oceano,
llega á fijarte en su salobre espuma ...
Así la vida entre uno y otro arcano
en fulgores y ráfagas se esfuma ...

¿Esos rumores de hojas son suspiros?
¿Ese reír de la corriente es llanto?
Repite el aire en sus revueltos giros
lo mismo que el placer el desencanto.

Y se encrespan las olas y babea,
y ensaya el tiburón entre las aguas
sus mandíbulas férreas; cabecean,
sacudidas, las frágiles piraguas.

Ennegrecida bóveda de plomo
cubre rápida el sol en un momento;
y ya las olas se levantan, como
amenazando al alto firmamento.

En medio del fragor se oyen á veces
ayes, lamentos, gritos, maldiciones,
crugir de dientes y ardorosas preces,
notas sueltas de báquicas canciones.

La lobreguez en el espacio aumenta,
la voz del huracán apaga el ruego,
sus corceles fustiga la tormenta
con su estallante látigo de fuego;

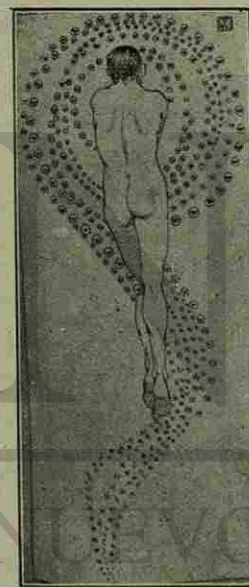
y cuando pasa el huracán sañudo
que ha cuajado en granizo en la campiña,
ah! ya no hay flor en el collado mudo
que de las frondas la verdura tiña.

¡Oh cielo, oh tierra, oh mar! ese gemido
que en los términos todos se dilata,
de mi doliente pecho ha resurgido,
ráfaga de dolor que hiere y mata.

En vano volverá la Primavera
coronada de flores y seguida
de rumores de besos, por doquiera;
¡ya no florece el árbol de la vida . . . !

Nace la cuna de la tumba ignota;
y de la vida desatar el nudo
es grato, ¡ay! si Juventud embota
del Tiempo la guadaña con su escudo.

¡Oh cielo, oh tierra, oh mar! hacia la Nada
juntos marchamos por fatal sendero,
haya calma ó tormenta desatada,
¡Oh vida! sólo sé que por ti muero!





VESPERTINA.

A Julio Luján.

En la cumbre el sol flamea
en retirada triunfal,
entre el frondaje otoñal
una casa en Galilea.

En la silenciosa aldea
un ruido desigual
de algún trabajo habitual
que por los aires ondea.

Un viejo el palo acepilla,
un niño trabaja ufano;
y á la moribunda luz,

el anciano se arrodilla
y el niño tiene en la mano,
regocijado, una cruz.



JUSTO SIERRA.

“Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
de un porvenir feliz, todo, en una hora
de soledad y hastío,
trocaste por el triste
derecho de morir, hermano mío.”

J. Sierra.

Cuando te conocí, sobre la fosa
de Acuña resonaba tu palabra;
te vi de lejos. *Que esa tumba se abra,*
dije, al oír tu musa poderosa.

*Dos inmortalidades hay en esa
tumba, clamé: el vate que se ha muerto
y el que eleva su voz en el desierto
con tanto sentimiento y entereza.*

Porque fundamental se irguió la roca,
cimiento del amor, con tus dolores,
y tantas esparcistes, tantas flores
¡toda una primavera era muy poca! . . .

En el aula después oí tu acento,
(acababa de oír á Altamirano);
mas fuiste tú quien, con robusta mano,
me diste la verdad y el sentimiento.

Eras de Egipto scribe á nuestros ojos,
émulo de Tucídides en Grecia,
un vengador en Roma de Lucrecia
y rival de Dantón entre los rojos.

Entonces fui flexible, como arcilla
en manos de Ghiberti sobrehumano,
y al atracar en tierra mi barquilla,
caí de hinojos, te besé la mano,

(esa mano que he visto en la tribuna
señalar el progreso victoriosa
ó mecer en la cátedra la cuna
del ideal, en la estación hermosa).

Y te la beso aún, noble maestro.
La solución me diste de la vida:
sé bueno, me dijiste. En la caída,
si no he sido mejor, es por siniestro;

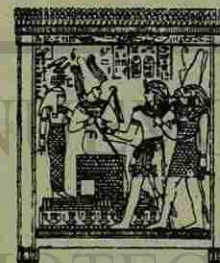
siniestro que en vorágine me arranca
de cuajo en la existencia pasajera,
mas que no alcanza á la celeste esfera
de tu conciencia inmaculada y blanca.

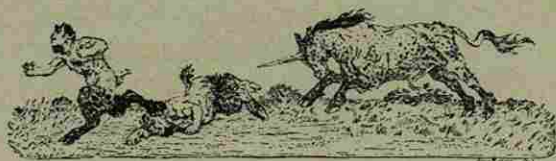
El amor, como apóstol, has vertido;
y la luz ha bajado de tus labios
cual baja de los labios de los sabios,
venero que la sed no ha consumido.

Puede el insulto salpicar tu túnica.
Tu alma está en un mundo sin reposo
donde sólo llegar, es ser coloso
y ver, bajo las plantas, la fe púnica.

Ya mirarás, de tu alto ministerio,
nueva Jerusalén llena de palmas,
que es tener en el mundo *encargo de almas*
en la meditación y en el misterio.

Cuando pasen los años y se vea
tu estatura moral, tan grande y pura,
¿do encontrará cinceles la escultura
ó nuevas formas hallará la idea?.....





EN UNA COMIDA CAMPESTRE.

Al chato Elizaga.

Oh! cómo brota de la roca oscura
el manantial risueño y transparente!
cuál refresca en las frondas el ambiente
que las mueve con gárrula blandura!

Cuando inquieta se lanza en la espesura,
qué dulce dialogar de la corriente!
Tiene una alma feliz que vive y siente
de aves y flores y hojas la hermosura.

Si darnos quiso así Naturaleza,
ese, para la sed, tesoro grato,
que en nuestra mesa su lugar recobre;

fuera vinos, champañas y cerveza,
y brindemos aquí, pésele al Chato,
con el agua, Señor, de *Peña Pobre*.



NATURALEZA.

A Eduardo Prado.

Fijate en la impasible Naturaleza;
cómo bajo la encina frondosa y fuerte,
áspera entretejiéndose la maleza,
oculta los reptiles de artera suerte;

cómo cantan las aves entre las frondas,
poetas de la aurora, gayos y fieles,
mientras mueven abajo siniestras rondas
de los crótalos rudos sus cascabeles.

El insecto royendo los palos broncos
es seguro arquitecto de los reptiles,
la enredadera enfiesta todos los troncos,
ajenos á ser el os guaridas viles.

Detén el paso y mira: los nidos breves
donde pían inciertas las nuevas crías;
y cuidate, no avances, que los alevés
atisban al que pasa todos los días.

Tiéndese en la pradera dorado el trigo
y cerca ya resuena parduzca nube:
es la langosta hambrienta, es su enemigo,
que para devorarlo saltando sube.

En las inmediaciones, un fértil huerto
que esplende á la mirada con sus rosales....
Las abejas las flores han descubierto,
es la materia prima de sus panales.

La vida es implacable; y de la muerte
tan sólo se alimenta, doquier que sea;
y rodando el planeta todo es inerte
á la bondad, la gloria, la fe, la idea.

Y en cambio, el hombre sueña con un eterno
creador justiciero de aqueste Orbe,
en el cielo divino y en el infierno
y en la oración inútil se hunde y absorbe.

Ponte en pie y aperece todas tus armas;
Humanidad, tú eres único amparo,
arroja de tu pecho falsas alarmas,
las selvas de la vida son las de Varo.

Naturaleza mata de un modo mismo
á los seres humanos y á los reptiles..
Necesita la cumbre cerca un abismo
y nuevas invernadas, otros abrilés.

Nutra el bien y el trabajo tu vida, y luego
te reciba en su seno Naturaleza.
En su laboratorio no sirve el ruego.
¿Tu ser ha fenecido?... La larva empieza.

Y en tanto, vive sabio, útil y bueno.
Compadece á los malos y á los serviles;
en la Naturaleza vive sereno,
pues no todas sus fuerzas nos son hostiles.





Llegada de Jesús E. Luján á la «Revista Moderna.»

A UNA POETISA.

Para Jesús E. Luján.

Bajo la obscura sombra
de su hoja brillante
viven las violetas. . . .

Cuando alguno te nombra,
parece que, arrogante,
quiere llevar poetas
en el ojal de su *jacquet* elegante. . . .

Y es la violeta la que al fin procura
hacerse más notoria
(¿es verdad que le gusta la espesura?)

Ella á la ostentación así se presta;
porque es cosa segura,
que si no ama la vida, ni la gloria
y quiere ser modesta,
debe huir la bulliciosa fama;
y no andar en París, en Grecia ó Roma,
tentando con lo grato de su aroma,
al prócer, al poeta y á la dama.





LA NOCHE.

A Ezequiel Ordó ez.

Un astrónomo viejo, en Buenavista
de tanta observación perdió la vista.
Noche obscura así fué su único fruto;
y lloroso y de luto,
dió en contemplar, en su ceguera eterna,
los sistemas solares
gravitando á millares
en un espacio vil: una caverna.

162



Fernando, Enrique y Alejandro Valenzuela.

A MI HIJO ENRIQUE.

Tienes los ojos grandes,
grandes, muy grandes,
como el sol que se alza sobre los Andes,
y el corazón tan bueno, pero tan bueno,
que yo con sus bondades el mundo lleno.

Al mirarte tan bello, fuerte y tranquilo,
en las inundaciones, pienso, del Nilo;
y envolviendo mi espíritu en una clámide,
hijo, á mis ojos, eres una pirámide.

163



A SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Eres cumbre altanera
de las montañas
que en América erigense como senos;
y así salta tu musa, salta hacia fuera
de la piscina estrigia en que la bañas
en los prados amenos,
como la lava
en las cimas serenas, blancas y puras
de todas las andinas, altas alturas
Y es la naturaleza, vate, tu esclava.

Tú eres un poeta
fuerte y robusto,

164

fragante, sin modestia (la violeta).
Para erigirte un busto
mi alma inquieta,
con embarazo,
busca cómo pudiera hacerlo del Climborazo.

Y se mira tu alma, alma de niño,
en tu cuerpo flexible de Alcibiades;
un león que se viste como de armiño
ó con piel del lagarto de las edades.

Pero así como eres, así te quiero
y en mis oscuras horas de soledades
eres, todas las noches, mi gran lucero!



165



EN LA REFORMA.

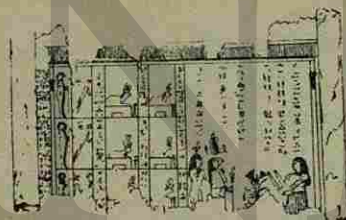
Para el Ilmo. Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza.

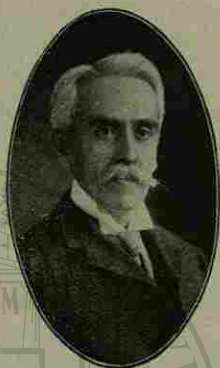
Ayer te vi gentil por la calzada
entre la inmensa multitud que yerra,
como una bella ánfora tallada
en el mármol más puro de la tierra.

Y luego, á un ciego que cruzó el arroyo,
darle con mimo tu enjoyada mano,
y así en tu diestra, inesperado apoyo,
las lágrimas caer del pobre anciano.

Un punto suspendi mi errante marcha;
vi el llanto en la valiosa pedrería,
al viejo coronado por la escarcha,
tu cabellera espléndida y sombría....

Y ya solo, en mi estancia silenciosa,
miraba tu figura ante mis ojos,
y la del ciego, trémula, llorosa,
y lloré yo también, lloré de hinojos.





CREPÚSCULO.

A Miguel Escalona.

El sol bañando los tranquilos mares
en occidente pálido moría;
entre las verdes palmas seculares
apenas el terral se estremecía.

Al compás de los remos, con ingente
entusiasmo bogando apresurado,
el pescador cantaba dulcemente
sobre el inmenso piélago salado.

Mezclábanse á sus bellas barcarolas
de la tarde los últimos ruidos,
y al rumor cadencioso de las olas
contestaban las aves en sus nidos.

La luna en el zafir tenue flotaba
como borrado disco de diamante,
y con su luz dulcísima besaba
la augusta frente de la noche errante.

Miraba el sol de la alta cordillera
agonizante en la nevada cumbre
cómo la obscura diosa se ciñera
su regio manto con su blanca lumbre.

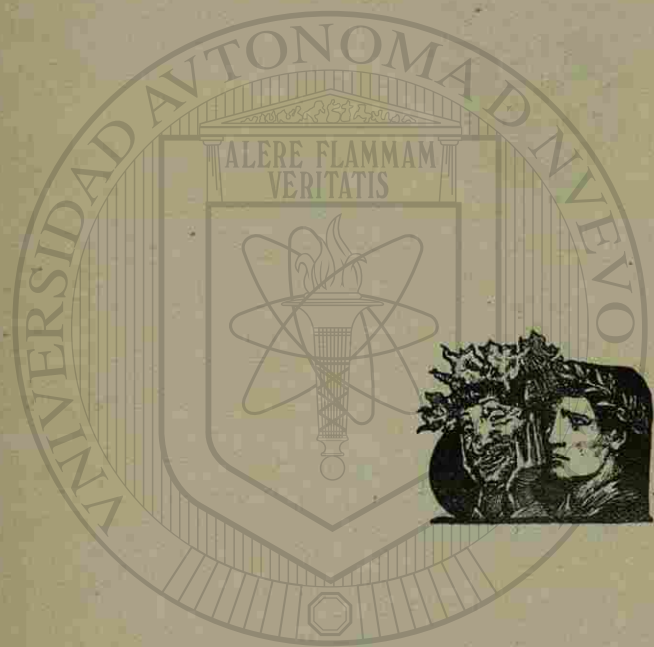
El negro carro de las ruedas de oro
tirado avanza por las horas mudas,
y en torno surgen, murmurando un coro,
las blancas océanidas desnudas.

Á oraciones tocaban á lo lejos
y de llanto nublábanse mis ojos,
de la luz á los últimos reflejos
viendo de un buque los perfiles rojos.

¿A dónde iba el bajel? Hacia la noche,
hacia el cielo, hacia el mar. Todo es lo mismo.
¡Era fantasma que el cerrado broche
del más allá buscaba en el abismo!

Tornó el rojo color pálido rosa
en fondo gris de obscurecido plomo
la noche adelantando presurosa;
viéronse á bordo farolillos, como

luciérnagas pequeñas, y el vetusto
faro lanzó, como con justo duelo,
el adiós de la tierra, adiós agosto,
al solitario de la mar y el cielo.



A HIDALGO.

Para mi hijo José.

Quando el águila caudal
clavó en el sol las pupilas
vivas, bravas y tranquilas,
en alto vuelo triunfal;
y cuando el león real
dió su rugido de guerra,
por la llanura y la sierra
que coronan los volcanes,
como en lucha de titanes
entera tembló la tierra.

Y se agretió como cuando
en las edades pasadas,
hacia el Pedregal lanzadas
fueron las lavas rodando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las pasiones por infando
acicate enloquecidas,
como esas lavas prendidas,
del hondo infierno en el seno,
acompañadas del trueno,
pasaron barriendo vidas.

Cuánta escoria en ignición
en la catástrofe ignota!
Cuánta! cuánta! cuánta flota
à la voz de insurrección!
Padre Hidalgo! . . . el corazón
en mi pecho juvenil
se plega, botón de Abril
que alcanzó hielo postrero,
y no puede abrirse entero
para gala del pensil.

Oh, Padre! . . . pero à tu altar
no con sangrientas memorias
vengo à enrojecer las glorias
que nos supiste legar;
si es verdad que perdonar
es el triunfo más humano,
mira, ¡Padre! al mexicano
y al español sin rencores,
darte su amor y sus flores,
estrechándote la mano.

172

¿À dónde el negro furor
de Chihuahua y Granaditas?
¿Dónde las iras malditas
de oprimido y opresor?
Al odio venció el amor,
la justicia à la injusticia,
la honradez à la codicia,
y los émulos de ayer
vienen juntos à traer
la dulce nueva propicia.

Hay mucha luz en el cielo,
mucho aroma en el ambiente,
y salmos en el torrente
que baña y fecunda el suelo;
el celaje como un velo
nupcial se tiende en la cumbre,
el alma en su propia lumbre
arde, como zarza santa,
y te bendice y te canta
esta inmensa muchedumbre. . . .

. . . ¡Batan marcha los tambores
y resuenen los clarines;
erice el corcel las crines
del cañón à los fragores;
levanten los trovadores
su canción más lisonjera,

173

y por la patria Carrera
adonde el rural galopá,
que presente armas la tropa
al desfilár la bandera!!!



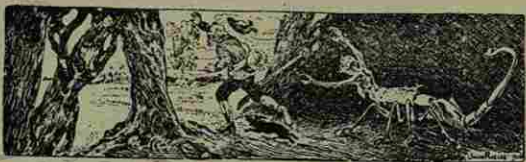
AUREA MEDIOCRITAS.

A Pablo Ochoa.

Subí á la cumbre con segura planta,
bajé al abismo con tranquilo gesto
y hallé dolor en la estación más alta,
y abajo hallé dolor y hallé consuelo.
Arriba la avidez de oro y plata,
abajo la bondad, afán risueño
de trabajo, de amor y de esperanza . . .
y un sitio me busqué entre los pequeños.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



REMEMBRANZA

A Ernesto Arzamendi.

Arde
el sol
y de arrebol
tiñe la tarde.

Vesper brilla
en el cristal:
un fanal
de aquella orilla.

Diana sube
entre el encaje
del celaje
de una nube;

176

y en el mar
la onda quieta
va copiando la silueta
de mi barca al regresar.

¡Oh, las tardes tropicales!
llenas de música y luz,
de Alvarado y Veracruz.
¡Oh, recuerdos celestiales!



177



A S. M. ALFONSO XIII.

Hablo en pie, Majestad. En ti no admiro
la realeza, no, ni tu abolengo;
más frescas son las flores que yo tengo;
la vida, larga ó corta, es un suspiro.

Más bellas que las tuyas del *Retiro*;
hecho el camino peligroso y luengo,
á derramarlas en tus nupcias vengo,
sobre tu manto, púrpura de Tiro.

Á tu amor á la patria has agregado
la angélica bondad de tu consorte;
á las prendas egregias de tu Estado,

las virtudes exóticas del Norte;
y un esplendor de aurora, sonrosado,
baña las altas cumbres de tu corte.



PUESTA DE SOL.

Está Heine en un sillón
inmóvil por la parálisis,
y medita en el análisis
y en la síntesis también.

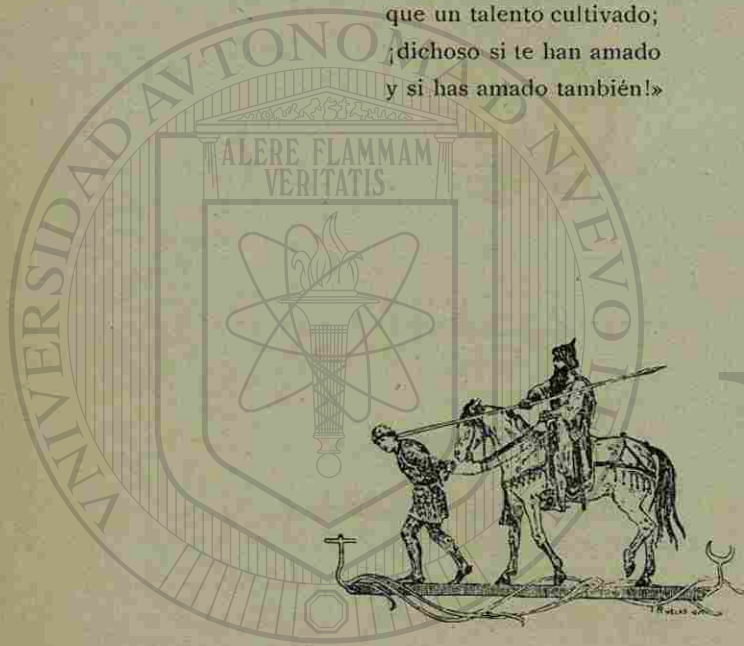
Recuerda de una ocasión
en una aventura erótica
con una niña clorótica
española de Jaén.

De su voz al grato són
quédase el vate dormido
y se ve en el mar perdido
de las olas al vaivén.

Buscando su salvación
brega luchando el poeta

y escucha una voz secreta
que le hace mucho bien.

«Más vale un gran corazón
que un talento cultivado;
dichoso si te han amado
y si has amado también!»



¡INGLATERRA!

A José A. Castellón.

Vas en la Historia esplendorosa y larga,
vencido el mar hostil, hostil é indócil,
llevada triunfadora como carga
sobre los hombros de Neptuno dócil.

Has lanzado tu sonda á los abismos
más hondos de la tierra y el espacio,
y en medio de los rudos cataclismos
sólo íntegro se yergue tu palacio.

El espíritu-aurora de tu tea
trajo á las almas el ansiado día;

con Bacon para el mundo fuiste idea,
con Byron, Wilde y Shakespeare, poesía.

Cuando apagado el sol, la tierra rueda
á las plantas de Dios como epitafio,
y ni un planeta en los espacios quede
ni haya memoria del misterio paño;

podrá leerse en la difunta tierra,
si hay seres suficientes para asombros,
esta palabra única: Inglaterra!
del planeta servil sobre los hombros.



EL HÉROE MUERTO.

A Manuel Cuevas y Rubio.

Un toque funeral todo lo llena,
el viento presuroso lo transporta;
y un grito de dolor: *la vida es corta*,
en el espacio álzase y atruena.

Corta, muy corta, sí; pero en la arena,
á la lucha el ejemplo nos exhorta,
y el hombre se alza si la Parca corta,
en la Historia magnífica y serena.

Ayer, la aurora limpia de tu cuna;
hoy tu sepulcro que la patria cela;
vencedor del poder y la fortuna

hoy de la fama que en los tiempos vuela;
ídolo ayer, sin semejanza alguna,
y en la inmortalidad hoy una estela.



AL GRAL. SÓSTENES ROCHA.

Si Marte un tiempo te miró propicio
y en los revueltos campos de la guerra,
con tus victorias resonó la tierra,
de tu glorioso porvenir indicio;

hoy, proclamado exúbero patricio,
cuando las puertas de su templo cierra
el mismo Jano que la paz destierra,
buscas la gloria bajo nuevo auspicio.

y separando la tupida bruma
por el cruel fanático creada,
la Historia crece la brillante suma

de tus hechos; y guarda, encariñada,
lo que escribe el acero de tu pluma,
lo que escribió la punta de tu espada.



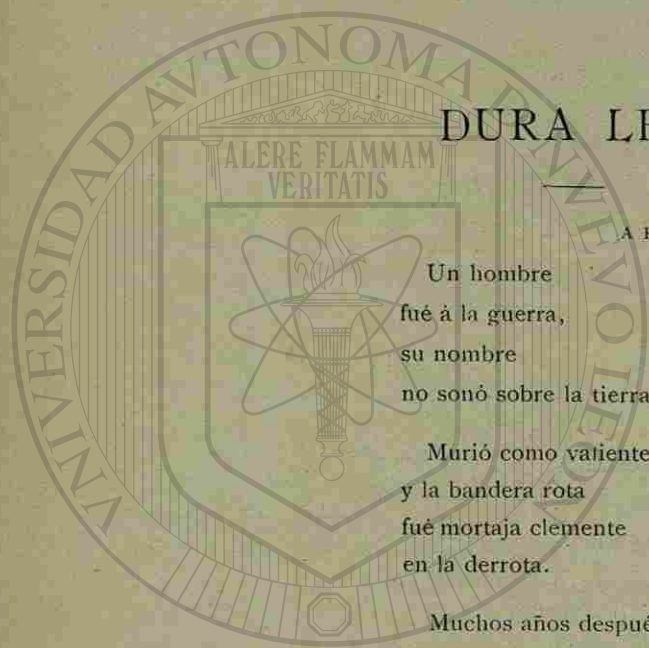
EL TIEMPO.

A Jesús Trillo.

Invisible,
deforme;
imposible,
enorme.

Arrogante,
austero;
dominante,
severo;

y en su regazo, sórdido y profundo,
la muerte devorando como hidra
los seres y las cosas de este mundo....
y la gota cayendo en la clepsidra.



DURA LEX.

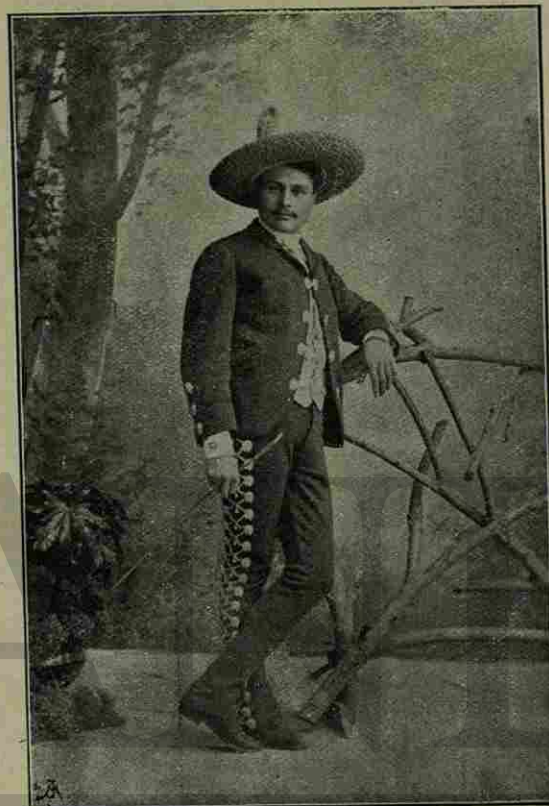
A Rosendo Pineda.

Un hombre
fué a la guerra,
su nombre
no sonó sobre la tierra.

Murió como valiente
y la bandera rota
fué mortaja clemente
en la derrota.

Muchos años después
tendióseme una mano macilenta:
la de su madre, pues
el galardón ganado era la afrenta.

En tanto voceaban
los papeleros, con robusto pecho,
cómo al cabo triunfaban
el orden, la justicia y el derecho.



José Estalunga





MI JUVENTUD.

Al Oriente
un fulgor,
el amor
sonriente.

En tu frente
el rubor,
el rumor
de la fuente;

los destellos
que evoca
todo eso:

¡tus cabellos,
tu boca,
tu beso!

188



A LOS ESTUDIANTES.

Al Exmo. Sr. D. Miguel Covarrubias.

La estación más hermosa
de la varia existencia,
es cuando en el aula prestigiosa
seapura en vasos de cristal la ciencia.

Adentro la palabra sabia y grave
que revela al doncel el universo.
En amor como ensayos de una ave
para atrapar el ósculo y el verso.

Al caer el crepúsculo, la reja
donde exhala la niña su reclamo,
y en medio de las sombras una queja
que dice en tono celestial: *te amo*.

Entonces cada pecho es una urna
llena de esencias puras y exquisitas;
y en la callada soledad nocturna
los pasos precavidos y las citas.

189

Dulce coloquio interrumpido pronto
por algún ruido que sonó indiscreto,
el viento á veces que bramó en el ponto
despedazando el diálogo secreto.

En el cielo sereno y transparente,
la luna como una Celestina,
despertando en el pecho adolescente
una sensualidad casi divina.

Las horas gratamente divididas
entre el estudio y el amor risueño;
y las jóvenes almas recogidas
en los brazos sutiles del ensueño.

El maestro con labios elocuentes
rompiendo los secretos más profundos
ante las nuevas, sorprendidas, gentes,
analizando el sol, pesando mundos.

En la fórmula, el número, el axioma,
de la virilidad en los excesos,
creyendo hallar reclamos de paloma,
acentos femeniles, cantos, besos.

Y dueña ya de la verdad ganada,
viendo la juventud, de hito en hito,
á la hembra en la tierra fecundada
y la fecundidad del infinito.

Se recorta el espíritu en diamante
que el sol enciende en vívidos colores;

y es la vida feliz del estudiante,
cosechar el saber, sembrar amores . . .

La estación más hermosa
de la varia existencia,
es cuando en el aula prestigiosa
se apura en vasos de cristal la ciencia.

Adentro la palabra sabia y grave
que revela al doncel el universo.
En amor como ensayos de una ave
para atrapar el ósculo y el verso.





LA CARIDAD.

A Leandro Izaguirre.

Verti la caridad como un torrente
(un Amazonas en la mar oscura)
y no endulzó las aguas mi corriente
y mi linfa amargó la sal impura.

Quise mirar á la región doliente
en que gime fatal la desventura...
y un círculo de espinas á mi frente
se ciñó en el espanto y la pavora.

Ví sangrar de dolor los corazones
en un mar de impiedad que se alborota
en huracán de lágrimas y penas;

y en medio de horrosas maldiciones
caer mi caridad, como una gota
del desierto en las ávidas arenas.

192



DESENCANTO.

A Enrique González Martínez.

Inflexible la aguja
del vetusto reloj marcó las once;
y la siguiente á la anterior empuja,
en las notas metálicas del bronce.

Yo presenciaba
como una comunión entre las cosas,
en medio del silencio que reinaba
en aroma impregnado de las rosas.

Una piragua... lejos;
como hojas de plata son sus remos
en negra niebla llena de reflejos;
y ella y yo, dos fantasmas parecemos.

Hipnotizados ambos por la luna,
nuestros sentidos dormirar parecen.

193

En el terso cristal de la laguna
las estrellas también se desvanecen

La luna brilla en tanto
entre miriadas de astros refulgentes
y nos ahoga el llanto
é inclinamos al suelo nuestras frentes.

Al fin hemos logrado
el sueño del amor: estamos juntos;
pero en aquel proscenio tan callado,
nos miramos con caras de difuntos.

Naturaleza
en torno calla como una esfinge;
nuestra vida de amor, pálida, empieza
y ni un oasis el desierto finge.

¿Era ese el ideal? . . . Una amargura
extraña se disuelve en nuestra boca.
La dicha es efimera, insegura,
y la esperanza una quimera loca.

Hemos roto con todo, con el mundo
entero, por lograr nuestros anhelos;
y en el dolor más duro, más profundo,
enemiga es la tierra y son los cielos.

Y al salir otra vez del Paraíso,
sin camino, sin rumbo, entre las nieblas
quisimos orientarnos; pero quiso
la luna sumergirnos en tinieblas!



AUSENTE.

I

No soñé,
yo te ví,
no pensé
y girar al planeta sentí.

La tarde caía,
tú á solas,
tu mano traía
un manojo gentil de amapolas.

Una rosa,
una rosa muy roja en el pelo;
y pasabas así, silenciosa,
levantando los ojos al cielo.

A la luz de la luna,
llegabas del templo á tu casa.

Es alguna
ilusión fugitiva que pasa
pensé, y luego,
al instante
abrasóme el amor con su fuego
y fui tuyo de allí en adelante.

II

¿Nuestro idilio?...
¿Te acuerdas?
No soñó esos idilios Virgilio
y á la lira faltáranle cuerdas.

El torrente,
al mirarnos cercanos,
acrecía su robusta corriente
y su impetu unía nuestras manos.

La pradera
se cubría á tu paso de flores,
y del aire en la esfera
revolaban los niños-amores.

Ensayaba
Pan su flauta en el bosque vecino,
y volaba
la bandada de aves sin tino;

Ebria acaso
con la miel de los nuevos rosales,
zumbaba la abeja abriéndose paso,
batiendo las alas hacia los panales.

Yo en tanto veía
las hileras de perlas lucientes,
si tus labios la risa entreabría:
en coral engarzados tus dientes.

Y mi boca
destilaba en estrofas el verso,
como cae transparente en la roca
el chorro del agua en gotas disperso.

Un día,
de la fronda al rumor indecible,
se juntaron tu boca y la mía...
el torrente rodaba inflexible.

Y pronto
dos esposos, de aquella ribera
se lanzaban muy solos al ponto,
en las alas de hermosa quimera.

III

Una noche,
por insólitos males, despierta.
El ruido de un coche:
el doctor que llegaba á la puerta.

Acercóse á tu lecho.
Tu gemido
en mi pecho
se tornaba en un ¡ay! dolorido.

IV

De repente
un grito desgarrante . . .
El sudor emperlándote la frente
al inclinarla sobre el nuevo infante.

La noche silenciosa
en su seno guardó dulces excesos
de nuestra dicha hermosa
asperjada de lágrimas y besos.

Y en tu negra cabeza
una aureola:
la corona de madre, una belleza
entre todas al fin única y sola.

Como á través del techo
el cielo sonriente se cernía,
y brillaba en tu lecho
tu esperanza hecha carne con la mía.

V

El dolor demacraba tu semblante;
yo agobiado de pena,
trémulo te miraba agonizante . . .
de una clepsidra ya la última arena.

Un sacerdote se acercó y bendijo
tus últimos momentos;
no supe yo lo que su boca dijo,
no tuve sensación ni pensamientos;

y delirante, sin sentido, loco,
confundida la tierra con los cielos,
sólo me sacudió acaso un poco
el llanto de tus pobres pequeñuelos.

Miré atónito el sol pálido y frío
que alumbraba con cirios encendidos
en un cuarto muy triste, muy sombrío,
tus restos para mi alma tan queridos.

Y haciendo corazón de mis dolores
con un grupo de amigos,
fui al panteón y te cubrí de flores . . .
de aquel acto de amor mudos testigos.

VI

¡El tiempo irreverente!
Como en sueños,
crecidos noblemente,
contemplo en mi redor á tus pequeños.

Atrapo tu sonrisa entre sus labios,
en sus ojos tu fúlgida mirada;
y con ello mitigo los agravios
que debo á mi fortuna malhadada.

Tus mellizos
me cantan con tu boca
y me recuerdan todos tus hechizos,
y á lágrimas su vista me provoca.

Y cuando juntos todos
á la mesa, les sirvo sus raciones,
siento latir de inusitados modos
en mi pecho los siete corazones.

Garridos ellos,
buenos, cariñosísimos y francos,
les gusta unir sus jóvenes cabellos
con los míos, tan blancos.

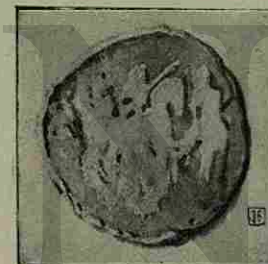
Y con tus trenzas mi ilusión se ufana,
divididas en hilos tan sutiles
como el tenue aurorar de la mañana
sobre las sombras, tétricas y hostiles ...

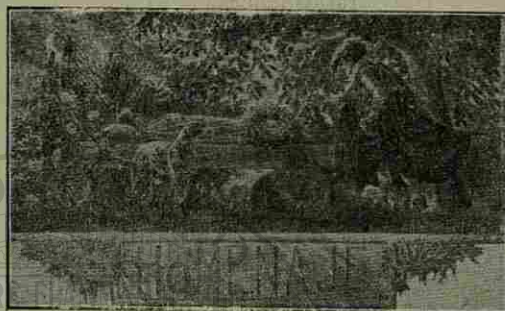
Pasaste por mi vida
como por el espacio un meteoro,
dejando por la senda recorrida
un refulgente resplandor de oro.

Yo me inclino á tu tumba
con inefable, angélica sonrisa;
el vuelo de *ellos* resonando zumba,
con ganas de anidar en la cornisa.

Veo
muy claramente
cómo agita sus alas el deseo,
en busca absortos de la eterna fuente.

Y al mirarlos felices,
con sus reclamos saludando el día,
por mi boca también tú los bendices,
y es un apoteosis mi agonía.





Te lloro todavía,
los años pasan lentos,
lentos . . . sin consolarme, amada mía,
y son tuyos aún mis pensamientos.

Ay! alienta mi alma
del cielo bajo el toldo,
mas miro cerca mi gloriosa palma:
pronto mi polvo se unirá á tu polvo.

Naturaleza pia
quiera premiar las penas y martirios,
haciendo que en tu tumba, que es la mía,
broten hasta cubrirla muchos lirios.



MI ÚLTIMA PLEGARIA.

Señor! llego á tu trono
con las manos
limpias de sangre humana.

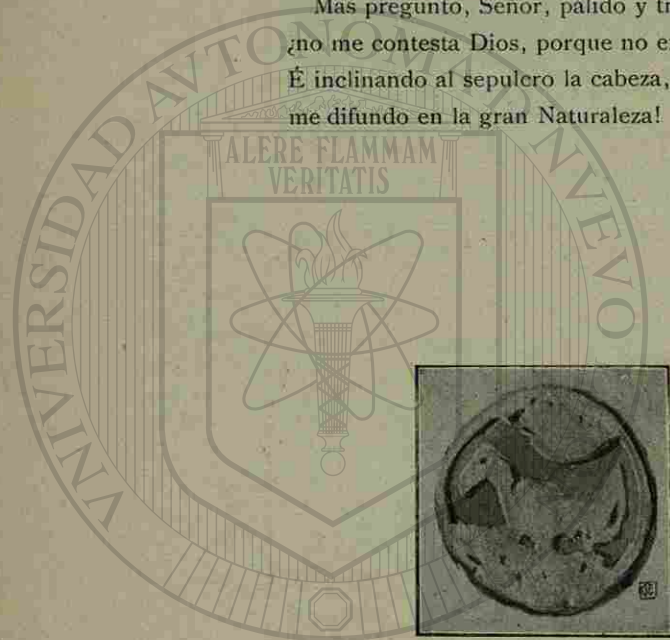
Señor! con el encono,
entre efimeros vanos,
la vil envidia, insólita y arcana,
no desplegué ni en propios ni en ajenos.

Señor! pequé, sufrí; y en mis ofrendas
traígote el corazón, límpido y fuerte,
pues he sido mejor entre los buenos.

Ni la sensualidad, ni la codicia,
anublaron en mi alma la justicia;

y veo, con honda calma,
á la hora suprema de la muerte,
que si el cuerpo perece, alienta el alma.

Mas pregunto, Señor, pálido y triste:
¿no me contesta Dios, porque no existe? ...
É inclinando al sepulcro la cabeza,
me difundo en la gran Naturaleza!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL LECTOR.

Cuando se verificó el bautizo de mis hijos gemelos, tuvo la gentileza de ser madrina de ambos, la Señora Doña Alejandra de la Vega de Redo, y padrino de Alejandro, el Señor Licenciado Don Justo Sierra; y de Fernando, el Señor General Don Fernando González. Publico al fin de este libro el soneto que con tal motivo hizo el Señor Licenciado Sierra, como un homenaje al insigne autor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



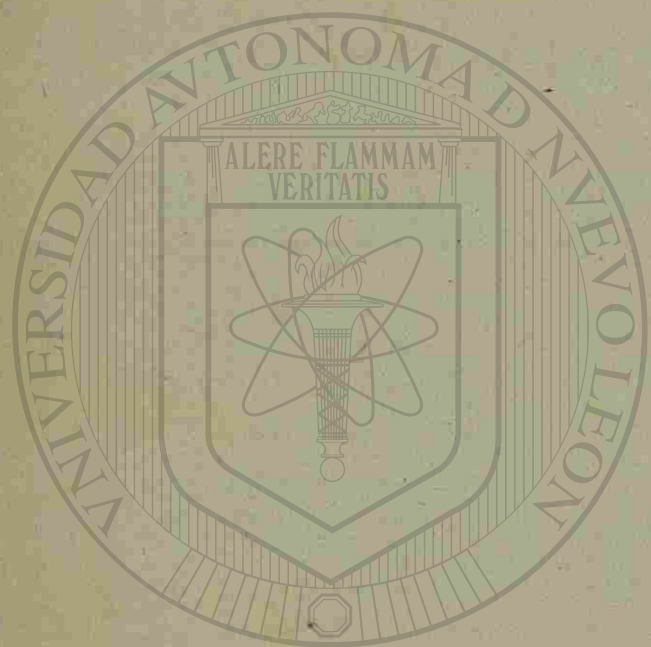
A Alejandro y Fernando Val-
enzuela, en su bautizo

Aveillas de Dios que un solo suelo
condujo al dulce amor del mismo nido,
dejando el iris mágico encendido
de la Esperanza entre el hogar y el cielo
Oh! jamás un poeta, augur de duelo,
arrullar una cuna ha merecido,
Lo puede solo el canto inaprendido
que al alma arranca el matem. anhelo
Mas poesía encuentro que en mi obscuro
contar, en vuestra boca purpúrea,
Canto por eso... y veque hacia el futuro
La blanca cuna en ola cristalina.

La amparan vuestra madre, un angel puro
y una hada gentil vuestra madrina
Enero de 1894

Jueto Sierra





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS.

A los naturales enemigos de todo autor: el copista en máquina, los cajistas, los correctores de imprenta, etc., etc., he tenido la desgracia de que se agregue una enfermedad de la vista que he venido sufriendo hace varios meses; ruego, pues, á mis lectores, disimulen las erratas de que esté plagada esta edición, y tengan la galantería de corregirlas ellos mismos. El joven que pasó todos los originales en máquina para entregarlos á la prensa, tiene la costumbre, según después he sabido, de hablarles de "vos" á sus novias en sus correspondencias; y donde yo decía, en EL FESTÍN DE CLAUDIO:

"Yo te imploro, Apolo, padre de las musas, mira;" él escribió:

"Yo os imploro, etc., etc." En acentos y puntuación, más obligado estarás, lector amigo, á ser indulgente con nuestros dichos enemigos; conmigo tendrás que serlo en otras más gordas.

He querido acompañar á la composición, el retrato de la persona á que está dedicada: esto ha sido gratisimo para mí, por el cúmulo de recuerdos que ha despertado en mi memoria; sólo sapecimí los que no han estado á mi alcance. Muchos amigos queridos no figuran en esta colección, porque hubiera tenido que publicar varios to-

mos para consignarlos á todos; pero esto no implica que me sean menos queridos, ni mucho menos. Gracias á Dios, llevo á todos grabados en el fondo de mi corazón. Hoy que han crecido mis hijos gemelos, los he visto tan contentos por la publicación que hago en este libro del soneto que les dedicó, cuando fueron bautizados, el Sr. Don Justo Sierra, que sólo esto me compensa de las fatigas que me ha causado este libro, estando, como he estado, tan delicado de salud últimamente.

Desde luego, en la composición titulada *Niágara*, suplico al lector que transporte el acento de la *i* á la primera *a* del vocablo; en la llamada "*A Hidalgo*," dedicada á mi hijo José, dice el último verso de la cuarta décima: *estrechándote la mano*; léase *estrechándose la mano*; y en la dedicada á mi admirado *Salvador Díaz Mirón*, dice: *piscina estrigia*, en lugar de *estigia*.

¡Oh, mi poeta, tan escrupuloso en achaques de imprenta! He preguntado á copistas, cajistas y correctores lo que significaba eso; me han dicho que lo ignoran. ¡Yo también!

Puede decirse: Nadie te obliga á meterte á publicar libros. Verdad como un templo. En cambio, nadie obliga al público á leerme. Y estamos en paz.



ÍNDICE.

	PÁGS.
Preliminar.....	IX
Don Quijote.....	3
Dulcinea.....	4
Sancho Panza.....	5
Envío.....	6
El Niágara.....	8
Efímera.....	18
A Justo Sierra.....	20
Surgite.....	24
Al cabo.....	27
Nihil.....	28
Napoleón.....	30
A una rubia.....	32
A Santiago Sierra.....	34
Éxodo.....	35
Pax tecum.....	37
A la memoria del Dr. Gabino Barreda.....	39
El festín de Claudio.....	47
A Victoriano Salado Alvarez.....	57
Pierrot.....	58
Rústica.....	59
Byron.....	60
15 de Septiembre de 1810.....	63
Al autor de "Los Murmuros de la Selva".....	71
General Antonio Rosales.....	76
¡Oh! Los cuentos.....	78
Carmen.....	80
Flores y joyas.....	81
¿Amor?.....	86
Símbolo.....	87
Niobe.....	88
Al Duque Job.....	90
Preludio.....	91
Nupcial.....	92
Intermezzo.....	93
Lápida.....	94
Transmigración.....	95
A Ernesto Elorduy.....	100
Juárez.....	101
In Memoriam.....	105
Heroica.....	106

A un amigo.....	109
Al escultor Jesús F. Contreras.....	110
El Rey Negro.....	112
Escucha!.....	114
El Gran Galeoto.....	116
Maximiliano.....	117
A Ella.....	121
Erótica.....	122
Hipócritas.....	124
Las torres.....	125
Luzbel.....	127
Melancolía.....	128
En la cena de San Silvestre.....	129
A Bernardo Couto Castillo.....	132
¿Ángelo?.....	133
Al niño Morelos González.....	136
En la sombra.....	137
Homenaje.....	139
¿Te acuerdas?.....	141
En la costa.....	144
Por el Pacífico.....	146
Vespertina.....	152
Justo Sierra.....	153
En una comida campestre.....	156
Naturaleza.....	157
A una poetisa.....	160
La noche.....	162
A mi hijo Enrique.....	163
A Salvador Díaz Mirón.....	164
En la Reforma.....	166
Crepúsculo.....	168
A Hidalgo.....	171
Aurea mediocritas.....	175
Remembranza.....	176
A S. M. Alfonso XIII.....	178
Puesta de Sol.....	179
¡Inglaterra!.....	181
El héroe muerto.....	183
Al Gral. Sóstenes Rocha.....	184
El Tiempo.....	185
Dura Lex.....	186
Mi juventud.....	188
A los estudiantes.....	189
La caridad.....	192
Desencanto.....	193
Ausente.....	195
Homenaje.....	202
Mi última plegaria.....	203
Un soneto de Justo Sierra.....	207
Notas.....	209

